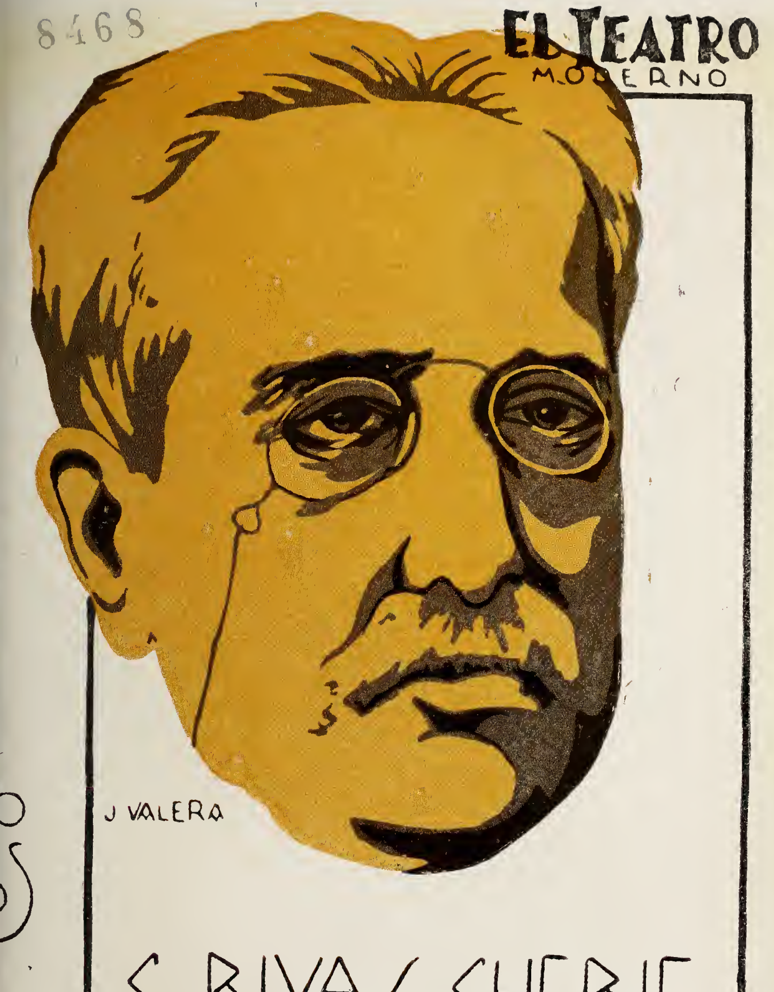
EL TEATRO MODERNO



C. RIVAS CHERIF

Pepita Jimenez

Sago XXIX



EL TEATRO MODERNO

Director: LUIS URIARTE

C. Rivas Cherif

PEPITA JIMÉNEZ

NOVELA FAMOSA DE DON JUAN VALERA REFUNDIDA EN TRES ACTOS DE TEATRO

Se estrenó en el Teatro Fontalba, de Madrid, el 18 de enero de 1929

PRENSA MODERNA

MADRID

AÑO V 23-II-1929 NÚM 183

PERSONAJES, POR EL ORDEN DE SALIR A ESCENA:

Dos criadas mocitas.....	*Pilar Muñoz* y *Aurora García Alonso.*
Antoñona (antigua nodriza de Pepita y que todavía asiste en su casa).	*Pascuala Mesa.*
Pepita Jiménez......	*Carmen Carbonell.*
Currito (mozo jaque, sobrino de)......	*Salvador Marín.*
Don Pedro de Vargas (caballero muy principal, y aunque cincuentón, enamorado de Pepita).....	*Alfonso Muñoz.*
Doña Casilda (hermana de don Pedro y madre de Currito)....	*Eugenia Illescas.*
El señor Vicario (santo varón con ochenta cumplidos)...	*Fernando Fresno.*
Don Luis de Vargas (hijo de don Pedro, seminarista en vacaciones, para ordenarse ya de menores)... ...	*Luis Peña.*

Todas estas personas dramáticas, parece que vivieron, en efecto, en un pueblo grande de Córdoba, allá por el año 40 del siglo pasado. Su historia lo mismo puede ser de ahora, y quizá de siempre. Tan de siempre y de ahora, que esta comedia puede muy bien representarse con trajes actuales, sin más que suprimir alguna frase señalada en el texto entre asteriscos.

ACTO PRIMERO

En la huerta de Pepita.

ESCENA I

Antoñona y las *criadas* arreglando la mesa para la merienda.

Una CRI. *(Saliendo con una fuente y colocándola sobre la mesa.)* Aquí está el cuajado.

Otra CRI. *(Que viene detrás, de la misma manera.)* Y aquí, la torta de bizcocho. Dan ganas de chuparse los dedos de tan sólo verla.

ANTO. ¿Y la torre de piñonate?

La 1.ª De seguida la traigo. *(Se va y vuelve a poco con el dulce.)*

La 2.ª ¿Me da usted la llave de la alhacena para sacar el tarro del almíbar?

ANTO. Toma, y dile de paso al chaval del hortelano que no se tarde en coger las fresas, que los señores deben estar al caer.

La 2.ª Ya están cogidas y dispuestas en los cestillos con las hojas de higuera con que usted mandó que se adornaran. No falta nada de que yo me acuerde.

ANTO. ¿Cuánto ponemos a que algo se nos olvida? ¿Dónde está la leche? ¿Lo ves? Nos íbamos a dejar lo mejorcito de todo. Pues, ¿a que ni siquiera han ordeñado las cabras? ¡Ay qué cabezas de chorlito! Vale que estoy yo aquí...

La 2.ª Razón tiene usted, sí, señora. Ya se nos pasaba lo más principal. Bien que con eso saldrán ganando los convidados; espuma va a tener todavía cuando quieran beberla. Voy corriendo a dar el recado. *(Sale.)*

La 1.ª A fe que la señora tiene gusto en regalar a los huéspedes de hoy, cuando tanto nos encargó que estuviesen las cosas a punto y sin falta ninguna.

ANTO. No parece sino que la señora necesita de convidar a nadie para gustar ella siempre de regalarse.

La 1.ª O yo dije mal o usted entendió peor, que no creo yo semejante cosa; pero ¡vaya!, que me parece a mí que la señora puso hoy más cuidado que otras veces en que la merienda pueda dejar contento al más goloso. Usted misma se ha esmerado como quien espera fiesta de repique gordo.

ANTO. Por lo que a mí toca, no me ha movido a lucirme en la confitura sino el venir doña Casilda, que se precia de competir conmigo en menesteres de cocina.

La 1.ª Hágame usted más tonta de lo que soy... ¡Como si hiciera falta más que tener ojos y oídos para ver y entender! Demasiado que sé lo que a nadie se le oculta. ¡Digo! ¡Y que no se habla poco de ello!

ANTO. Eso sabrás tú, doña métome en todo: lo que se habla o se deja de hablar, que siempre será lo que a nadie le importa.

La 1.ª No se acalore, que el caso no es para enfadarse; ni en lo que se dice, y que yo sepa, hay pecado ni mal alguno.

ANTO. Pues entonces, ¿a qué andar con murmuraciones y hablillas? ¿Qué malicia puede haber en que se obsequie a los forasteros?

La 1.ª No, señora, que eso es muy regular. Ahora, que como don Pedro de Vargas es tan forastero como usted y como yo...

ANTO. ¡Y dale! Don Pedro de Vargas no es forastero; pero el niño de don Pedro, por más que aquí haya nacido, de fuera viene, y ni aun memoria puede que tenga de su pueblo, según los años que hace que se lo llevó su tío el deán al Seminario.

La 1.ª Demasiado que sé todo eso. Y más. Que también tengo entendido que el querer hacerle cura fué porque rezara el hijo por la pobrecita de su madre, que dicen que se murió de tan mala vida como le dió don Pedro, al no querer reparar su falta casándose con ella.

ANTO. ¡Ta, ta, ta! No sé yo si le dió don Pedro a aquella pobre más disgusto que gusto; pero sí te digo que no le haría tanto mal como casándose con ella, que es lo peor que puede hacerle un hombre a una mujer, y aquí me tienes a mí para certificarlo. Lo que te aseguro, que si don Pedro mandó a su hijo al Seminario con su tío el deán, no fué más sino porque en este pueblo se hubiera criado como un salvaje.

La 1.ª Será como usted quiera, pero esta tarde, con el achaque de enseñarle la huerta al hijo, viene con él el padre.

ANTO. No falta más que el Espíritu Santo para que esté cabal el misterio. ¡Válate Dios los montes y morenas que arma la gente por menos de nada! ¡Y es que se comen de pura envidia! Que había de estarse en casa la hija de mi alma y tendrían que decir que si patatín y que si patatán...

La 1.ª ¡Calle usted, por Dios! Demasiado que ha llorado la señora en el año y medio que lleva de luto de viuda. En su pellejo había yo de estar... ¡Si al menos se tratara de un guapo mozo; pero con el carcamal de su difunto!

ANTO. Si era guapo mozo o viejo feo, eso a ti no te toca ni de cerca ni de lejos. Bien hecho está si ella lo hizo, y zapatero a tus zapatos.

La 2.ª *(Entrando con las fresas.)* ¡Ya están ahí! Desde la ventana de la cocina los vi que pasaban la linde.

ESCENA II

Dichas, Pepita, Don Pedro y *Currito;* los tres en traje de montar.

PEPI. ¡Hola, Antoñona! ¿Qué tal, chicas?

La 1.ª Buenas tardes tenga la señora y la compañía. Por aquí tan bien. ¡Ya usted ve!

PEPI. ¡Digo! ¡Vaya lujo! ¡Pues no os habéis compuesto poco!

ANTO. Otra cosa podrá faltar, hija mía; pero lo que es menjurjes y remilgos, ¡eche usted de largo!

PEPI. Déjalas, Antoñona, déjalas, que con arreglarse y lavarse la cara no se ofende a Dios.

CURRI. *(Aparte a don Pedro, por las criadas.)* ¡Qué buenas vistas tiene esta huerta! ¡Se le alegran a uno los ojos!, ¿verdad, querido tío?

D. PED. ¡Ay, qué sobrino! Se le alegran a uno los ojos y se le entristece a uno el pensamiento...

PEPI. *(Mirando hacia lo lejos.)* ¡Vaya si hemos corrido! Ni siquiera se les ve en el camino...

D. PED. Se ha acreditado usted de excelente amazona. A ratos me ha dado miedo de verla galopar...

PEPI. No tiene mérito ninguno. Es cuestión de costumbre puramente.

CURRI. Pues sí que debe de venir divertido el pobre primo Luis con mi madre y el señor vicario... Y lo que es como no se lancen a salir del pasito sereno que traían... a merendar no llegan.

D. PED. No sé qué me da de ver a mi hijo tan circunspecto y encogido.

PEPI. Lo extraño sería lo contrario, dada la severa educación que su tío el deán le ha inculcado, y que hará de él dentro de poco un sacerdote ejemplar.

D. PED. Verdad es, y puesto que él lo quiere y parece estar contento y satisfecho con su elección de estado, mal me estaría el apesadumbrarme por ello; pero crea usted que de haberme sido dado el escoger, preferiría una docena de nietos que

me acompañaran en mi soledad. Cuando se va para viejo y empiezan a trocársele a uno las esperanzas por recuerdos, la soledad es mala compañera.

PEPI. ¿Pero quién como usted, sano y fuerte, que a muchos más jóvenes causará envidia, se entrega a tan tristes reflexiones?

CURRI. Razón tiene Pepita, tío; no le conozco a usted hablando de esa suerte.

D. PED. ¿Pues qué he dicho que les asombra tanto? Alto allá, que tampoco quiere decirse que yo me tenga por tan inservible; demasiado sé que aún me sobran los arrestos y el empuje que a muchos mozos les faltan; pero ya me entienden ustedes, que lo que salta a los ojos, ello solo se declara. *(Las muchachas y Antoñona, que andaban atisbando y haciendo como que hacían, se entran en la casa. Las chicas se guiñan la una a la otra, y Antoñona las empuja y espabila con cierto aire encubridor de lo que todas sospechan. Una pausa. Don Pedro mira hacia el camino, llevándose la mano a los ojos, y dice luego:)* Nada, no se les ve aún a esos centauros...

PEPI. Hemos corrido mucho nosotros.

D. PED. Con todo y con eso, ya me va poniendo en cuidado la tardanza.

PEPI. ¡No se preocupe usted! ¿Qué había de sucederles?

D. PED. Nada; pero... Currito, si fueras tan amable que salieras a su encuentro...

CURRI. ¡No faltaba más! *(Para sí.)* ¡Ya te he calado yo a ti, verderón! *(Sale.)*

ESCENA III

Pepita y *Don Pedro.*

PEPI. Deploro que por mi culpa esté usted pasando este mal rato. Ha sido una imprudencia mía el correr tanto.

D. PED. Ni es usted capaz de cometer la más leve in-

discreción, ni tengo, a Dios gracias, tan apocado el ánimo que me asuste por semejante insignificancia.

PEPI. No entiendo.

D. PED. Es usted demasiado lista para no haberlo entendido, y yo no soy tan tonto que no sepa que usted ha comprendido el porqué de mi fingimiento.

PEPI. Crea usted que no se me alcanza a qué pueda obedecer ese fingido miedo que a mí se me antojaba efecto del cariño paternal.

D. PED. Ni ahora ni nunca necesita usted hacer alarde de su gracioso disimulo para que yo la admire siempre.

PEPI. Ya no sé si agradecerle el requiebro u ofenderme por su reticencia. ¿Qué disimulo ha notado usted en mí, ni cómo había yo de permitírmelo con usted?

D. PED. Pepita... usted no puede ignorar muchas cosas, por más que yo nunca se las haya dicho.

PEPI. Amigo don Pedro, de seguir hablándome en tan cabalístico lenguaje, no voy a saber qué responderle. *(Pausa.)*

D. PED. ¿Qué opinión le merezco a usted?

PEPI. Creo haberle demostrado en toda ocasión que le tengo por uno de mis mejores amigos.

D. PED. ¿Nada más?

PEPI. ¿Qué más quiere usted?

D. PED. Mire usted, Pepita. Sería tonto que yo pretendiera disculpar mi vida pasada. Todo cuanto se dice es verdad, y la gente no se equivoca al darme la fama que mis locuras de un tiempo me conquistaron...

PEPI. No se mortifique por eso; la misericordia de Dios es infinita, y un sincero arrepentimiento tiene siempre su premio.

D. PED. Es usted un ángel.

PEPI. ¡No ofenda usted al cielo! ¡Pobre de mí!

D. PED. He sido una bala perdida, he vivido en la ignominia y el escándalo..., y de pronto, ahora que voy cuesta abajo, veo el cielo abierto.

PEPI. ¿Qué más felicidad puede desear?
D. PED. ¡Pepita!... Si dudo y tiemblo es porque me juzgo indigno de alcanzar lo que deseo.
PEPI. Muy grande debe ser su arrepentimiento, cuando tan humilde se culpa a sí propio. Pero ya ve que Dios le ha escuchado.
D. PED. ¡Pepita!
PEPI. Porque, ¿qué más puede desear un padre que ver a su hijo de ministro del Señor, velando su tranquila vejez?
D. PED. ¡Caramba, Pepita! ¿Quién piensa en eso ahora?
PEPI. Pero yo me estoy aquí de cháchara, con estos requilorios. . ¿Usted me permite que vaya allá dentro a ver cómo andan las cosas? Ya ve que le trato sin cumplidos ni etiquetas...
D. PED. No será un pretexto para marcharse... por miedo al decir de la gente viéndonos tan de palique...
PEPI. Todo el que me conoce sabe demasiado que yo no puedo ser amiga de nadie como lo soy de usted, sino en la seguridad de que ningún otro sentimiento perturbará nunca nuestra pura amistad... *(Se va corriendo muy risueña.)*
D. PED. *(Todo perplejo.)* Pues señor... me he lucido.

ESCENA IV

Don Pedro, Don Luis, el Vicario, Doña Casilda, Currito, Antoñona y las *Criadas,* que entran y salen dando los últimos toques a la mesa.

D.ª CAS. ¡Válgame Dios y cómo pica el sol; vengo toda sofocada!
VICA. No en vano el calendario reza mayo, mi buena doña Casilda.
D. PED. Creí que no acababan ustedes de llegar...
CURRI. Pues se ha perdido usted de ver algo que lo merecía. Nosotros que nos reíamos de lo mal jinete que era mi primo. ¡Sí, sí; mal jinete! Hubiérale usted visto como yo haciendo caracolear a la mula en que venía caballero...

D. LUIS. ¡Todo sea por Dios!

D.ª CAS. No por mucho madrugar amanece más temprano... Atente al refrán, Luisito, y no hagas caso del bigardo de tu primo. Sin nosotros no habían de merendar, por mucho que ellos corrieran, trotaran y caracolearan, y además, tan divertidos que hemos venido, hablando de lo humano y lo divino. ¿No es verdad, señor vicario?

VICA. Cierto, aunque bastante más de lo de tejas abajo que de lo de tejas arriba.

D. PED. Buena tijera habrá habido, ¿eh?

D.ª CAS. Pues no, señor, ¡ea!, no, señor; que apenas si dice una dos palabras cuando ya le estáis tachando de murmuradora y chismosa. No la hagas y no la temas, te digo yo a ti, hermano.

ANTO. ¡Muy buenas tardes tengan ustedes!

VICA. ¡Hola, buena pieza!

D.ª CAS. ¿Cómo va, Antoñona? Según venía de camino, ya me relamía de gusto sólo de pensar en los primores que nos tendrás preparados.

ANTO. No me avergüence usted, doña Casilda.

D.ª CAS. ¡Quién habla de avergonzarse! ¡Nada de eso! Ya sabes que soy incapaz de decir mentira. Sabes también que no le cedo a nadie la palma en punto a hacer salchichas, morcillas de sesos, hojaldres y pestiños; a nadie más que a ti. Por cierto que me tienes que dar la receta de los suspiros de monja que me prometiste.

ANTO. Lo que usted quiera, doña Casilda. Este ni que decir tiene que es el niño de don Pedro. ¡Vaya si es real mozo! ¡Bien puede usted mirarse en un hijo tan salado!

D. PED. ¡Da las gracias, hombre! ¡Habráse visto la suerte que tiene el condenado! No hay mujer que se lo eche a la cara, que no me lo piropee de lo lindo.

D. LUIS. Es por lisonjearle a usted.

ANTO. No, niño, no; que es la pura verdad. Y como yo ya soy vieja y no puedo dar que decir, me

despacho a gusto cuando quiero. ¡Vaya si tiene ángel la criatura y ojos pícaros!

CURRI. Ya sabes, primo; si no tienes echado el ojo a ningún ama, aquí te espera la Antoñona... ¡Je, je!

ANTO. Y bien dices, que su ama podía ser por lo mismo que casi casi le crié a mis pechos. Por eso le digo de mira.

D. PED. La Antoñona es una buena pieza de arrugadillo, y picotera, alegre y hábil como pocas. Se casó con el hijo del maestro Cencias...

ANTO. No me nombre usted a la soga, mi señor don Pedro...

D. PED. Y ha heredado del padre lo que el hijo no heredó: una portentosa facilidad para las artes y los oficios, que de ahí le vino al suegro el honrose mote. La diferencia está en que el maestro Cencias componía un husillo de hogar, arreglaba las ruedas de una carreta o hacía un arado, y esta nuera suya hace dulces, arropes y otras golosinas.

ANTO. Todo eso está muy bueno, y yo le agradezco a usted la fineza en lo que vale. Pero mira, niño, si me vas a querer bien. *(A Don Luis.)* como es de razón, por lo que yo os quiero a ustedes, no me mientes al borracho de mi marido, como ahora tu padre, o perdemos las amistades.

VICA. ¡Válgate Dios, mujer! Peores tribulaciones podía haberte enviado Nuestro Señor que aguantar al marido.

ANTO. Eso está muy bien, y yo dispuesta estoy a aguantarle solo; pero no con el vino que tiene siempre con él. Al cabo, y gracias a Dios, no me ha dado hijos que a él me aten, ni quiero más arrimo que el de mi niña y señora, que no deseo que me digan sino como al melón: ¡que viva con su Pepita! ¡Si parece que era ayer cuando yo la tenía en brazos, y andaba este pelafustán, que no levantaba un palmo, correteando como un ratón! ¡Más gordo relu-

cías que ahora! Porque eso sí, delgadito sí que estás.

D.ª CAS. No, pues lo que es mientras aquí permanezca, no ha de leer ni tampoco un papel.

ANTO. Dice usted bien, que en fuerza de estudios tiene que haber sido el menguársele las carnes. ¡Y mire usted por dónde le fué a dar la manía de hacerse clérigo! ¡Eso está bien para los pobretones!

VICA. ¡Ave María Purísima!

CURRI. ¡Tendrás que ver convirtiendo herejes!

ANTO. ¿Cómo? ¿Tan lejos te quieres ir? ¿Habrá esaborido? Porque ya que te lleve el demonio, que te lleve en coche. Y si al menos te habíamos de ver obispo...

CURRI. Le verás en los altares.

ANTO. De mucho va a servirle a él que el Papa mande que le hagan beato, o cuando más santo, si para ello ha tenido que morir mártire.

D. LUIS. Pues no van ustedes de prisa, que digamos.

CURRI. ¿De prisa dices? ¿Es que no le va a servir a tu padre de nada el ser cacique del lugar?

D.ª CAS. ¿Y Pepita? ¿Dónde se ha metido? ¡Sí que es buena manera de recibir huéspedes!

ANTO. Por allá dentro anda husmeándolo todo.

D.ª CAS. Voy entonces a echarle una mano, y de paso meteremos el dedo en los peroles. ¿No te parece, Antoñona?

ANTO. ¡Qué doña Casilda ésta! ¡Siempre tan parlanchina y de tan buen humor!

D.ª CAS. ¡Y que algo tendrás que contarme que yo no sepa!

ANTO. Eso sí que no, doña Casilda; que de cocinar, puede que una en su pequeñez sirva de algo, en fuerza de llevar tantos años al pie del fogón; pero lo que es de saber de cosas del mundo, ¿quién le podrá enseñar a usted nada de que no esté al cabo de la calle?

D.ª CAS. Pues mira tú por dónde en este caso tienes que estar mucho más en el secreto que yo, que estoy "in albis". Vamos a ver. ¿Qué hay de lo

de mi hermano y tu niña? No te me espantes ni me pongas cara de tonta, que ya sé que no tienes pelo de ello.

ANTO. ¡Ay, mi doña Casilda!, que yo nada sé más que usted, ni hay tampoco más de lo que a ojos vistas se le alcanza al que no sea ciego. *(Entran en la casa.)*

CURRI. ¡Qué! ¿Nos alargamos a ver el majuelo nuevo en tanto nos dan de merendar?

D. PED. No es mala idea. ¡Vamos! ¿Les parece a ustedes?

VICA. Yo lo perdono, que vengo molido y maltrecho del trotecillo cochinero de mi mula Y como cuento que luego hemos de andar la huerta de arriba abajo, porque el pollo la vea, me reservo ahora.

CURRI. ¡Cómo! ¿Acobardado usted, siempre tan terne y tan andador?...

D. LUIS. Yo me quedo entonces haciéndole a usted compañía...

VICA. No, hombre, no me guardes cumplidos; vete tú también...

D. LUIS. No es cumplido, sino gusto; a más de que me parece un tanto incorrecto no esperar a la dueña de la casa.

CURRI. Si es por eso, sobra confianza para no andarse con tales tiquis miquis. Pero, en fin, allá cada cual. Vamos nosotros, pues, tío.

D. PED. Luego venimos. *(Salen.)*

ESCENA V

El señor Vicario y *Don Luis.*

VICA. ¡Te encuentro un tanto cariacontecido!

D. LUIS. ¡Pchs! No quiero engañarle a usted. Me voy cansando de mi residencia en este lugar...

VICA. Muchas gracias, hombre. Será porque no estás mimado y atendido...

D. LUIS. Es verdad. No descanso de agasajos; con todo,

cada vez siento más deseos de volverme con mi tío y recibir las sagradas órdenes.

VICA. Muy justa y natural es tu impaciencia; pero también es lógico que tu padre quiera retenerte más tiempo a su lado.

D. LUIS. Mi padre... Claro, sí señor... *(Una pausa.)* Ayer me habló resueltamente de su proyecto.

VICA. ¿Te habló de Pepita?

D. LUIS. Me dijo que esa mujer es su salvación, y me habló luego de sus esperanzas amorosas con una vivacidad tal, que se diría que yo era el padre y el viejo, y él un chico de mi edad o más joven.

VICA. Y tú, ¿qué le dijiste?

D. LUIS. Yo le contesté con el corazón en la mano, que mi mayor gusto sería verle bien casado, en paz y en gracia de Dios, y arrepentido de sus antiguos devaneos.

VICA. Ya sabes que tengo a Pepita Jiménez por una mujer extraordinaria; estoy por decir que es una santa, pero no sé... no sé...

D. LUIS. Ese antojo de Pepita en obsequiar tanto a mi padre, a quien desdeña luego, me parece que tiene un poco de coquetería.

VICA. Créete que no le lleva otro fin que el de conservar la buena amistad que tiene con tu familia...

D. LUIS. Y luego... sus primeras nupcias con su tío el viejo ochentón a quien no podía querer sino por su dinero...

VICA. Alto ahí; eso sí que no... Pepita realizó al casarse el más sublime de los sacrificios. Hasta la edad de diez y seis años, vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria. Su tío don Gumersindo era poseedor de un mezquinísimo mayorazgo, de aquellos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en continuos apuros; pero don Gumersindo era un ser extraordinario.

D. LUIS. Tengo oído decir que era el genio de la economía.

VICA. No se sabe cómo vivió; pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro. Con todos sus defectos, don Gumersindo era afable, servicial, compasivo. Empezó don Gumersindo a frecuentar la casa de Pepita y de su madre. Y un día ambas se quedaron atónitas y pasmadas cuando, después de varios requiebros, entre burlas y veras, don Gumersindo soltó con la mayor formalidad, y a boca de jarro, la siguiente categórica pregunta: "Muchacha, ¿quieres casarte conmigo?"... La madre contestó por ella: "Niña, no seas mal criada; contesta a tu tío lo que debes contestar: Tío, con mucho gusto, cuando usted quiera." La envidia se desencadenó contra ella en los días que precedieron a la boda, y algunos meses después.

D. LUIS. Es que el valor moral de un matrmonio así es harto discutible.

VICA. Mas para la muchacha, si se atiende a los ruegos de su madre, a sus quejas, y hasta a su mandato, fuerza es confesar que merece atenuación la censura.

D. LUIS. Sí, es verdad. Y, por otra parte, ¿cómo penetrar en lo íntimo de su corazón, en el secreto escondido de la mente juvenil de una doncella y saber qué idea podía formarse ella del matrimonio? Tal vez entendió que casarse con aquel viejo era consagrarse a cuidarle, a ser su enfermera, a dulcificar los últimos años de su vida...

VICA. Es lo cierto que ella vivió en santa paz con el viejo durante tres años, que el viejo parecia más feliz que nunca; que ella le cuidaba y regalaba con un esmero admirable, y que en su última y penosa enfermedad le atendió y veló con infatigable y tierno afecto, hasta que el

viejo murió en sus brazos, dejándola heredera de una gran fortuna. Desde que quedó viuda se ha dedicado por entero a la devoción... (*Se interrumpe al oír la voz de Pepita, que entra, nuevamente trajeada con una falda corta que no le estorba la ligereza de movimientos, pero siempre con el calañés y la fusta.*)

ESCENA VI

Dichos y Pepita; luego *Pepita* y el *señor Vicario.*

PEPI. Ustedes sabrán dispensarme si les he hecho esperar. Ya tendrán apetito seguramente; porque se hacen ganas en el camino, ¿verdad? ¿Les han dejado a ustedes solos? ¡Válgame Dios, lo que habrán murmurado de la descortesía de la anfitriona! Y con harta razón.

D. LUIS. No, no, señora, no tiene nada de particular. Mi padre y mi primo fuéronse a curiosear las vides nuevas. Voy a decirles que no se tarden en volver.

PEPI. No es menester que usted se incomode. Cualquiera de las muchachas o el chico del hortelano pueden ir de dos saltos.

D. LUIS. Deje usted, deje usted, que así estiro las piernas. *(Se va.) (Pepita le sigue un momento con los ojos sin darse entera cuenta; luego, va hacia la mesa y la recorre de visu por cerciorarse de que nada falta; después, y siempre como distraída, se pasa la mano por la cara y suspira.)*

VICA. ¿Qué es eso? ¿Suspirillos tenemos?

PEPI. ¿Eh? ¡Ah! Ni me he dado cuenta siquiera. No ha sido suspiro, sino más bien ganas de respirar fuerte, que no es lo mismo.

VICA. Vamos, siéntate aquí conmigo. Así como así, hace unos días que por unas cosas o por otras no he podido ir a verte para que charláramos un rato. ¿Qué me cuentas de nuevo?

PEPI. Nada, padre. ¿Qué quiere usted que le cuente?

Pocas novedades creo yo que habrá en el lugar; pero ni aun ésas sé, encerradita en casa como paso la vida.

VICA. ¡Hum! ¡Malo, malo, malo! Pues señor, que no gana uno para desilusiones. ¿De modo y manera que ya no hay confianza conmigo tampoco? ¡Válgame Dios, qué desengaños le tiene a uno reservada la vejez!

PEPI. No, padre, no me hable usted así, que ni aun sabiendo que es pura broma, deja de herirme el escuchar tales palabras de sus labios de usted.

VICA. No es broma, no, no es broma; pícara, más que pícara. Tú me ocultas algo, y si no hubiera oído cierto rum-rum, porque rum-rum he oído, sí, señora, que a mí no me gusta decir una cosa por otra, si no hubiera oído lo poco que sé, lo hubiese adivinado ahora con sólo mirarte a la cara.

PEPI. ¿Eh?... ¡Ah! ¡Ya caigo! Ese rum-rum es a cuenta de... Bueno... Puede usted creerme, padre: hasta hoy no me había dicho don Pedro "buenos ojos tienes".

VICA. ¡Caramba, caramba! Y hoy... te lo ha dicho...

PEPI. Me ha dado a entender algo más...

VICA. Y tú... ¿qué le has contestado?

PEPI. ¿Cómo puede usted dudar de mi respuesta? Ahora más que nunca me siento elevada con irresistible impulso hacia la vida solitaria y contemplativa...

VICA. Si esa vocación es verdadera... ¡allá tú!

PEPI. ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Por qué duda usted de mí?

VICA. ¿Yo? ¡Líbreme Dios, hija mía!

PEPI. Sí, padre, duda usted, duda usted porque me conoce, porque sabe mis vacilaciones, mis temores...

VICA. ¿En qué quedamos?

PEPI. Mire usted, padre. No es la primera vez que la conciencia se me sobresalta a este propósito.. Yo quiero amar a Dios sobre toda las cosas...

VICA. Y con ello no harás más que lo que debes.

PEPI. Pero es el caso que yo no sé si mi fervor de devoción es tal amor de Dios u orgullo.

VICA. Agárrate al catecismo y déjate de pamplinas.

PEPI. Es que... muchas veces... me da miedo de mí misma... Ayer, sin ir más lejos, según le estaba rezando al niño Jesús, no sé qué demonio me tentó, que me parecía que en vez de adorarle le quería como a un hijo...

VICA. ¡Ay, ay, ay!...

PEPI. Padre mío, yo soy muy mala.

VICA. ¡Qué has de ser, criatura! ¿Sabes lo que te digo? Que si esto me lo hubieras dicho en confesión... ya sabría yo qué penitencia imponerte.

PEPI. Impóngamela usted, que deseando estoy los más ásperos cilicios.

VICA. Déjate de cilicios ni garambianas; mira con benevolencia a los hombres que te rodean y esfuérzate en ver a cada ser humano un prójimo tuyo, hecho a imagen y semejanza de Dios.

ESCENA VII

Todos.

D. PED. Si no mienten promesas primaveriles, ¡buena cosecha se le prepara de Pedro Jiménez!

PEPI. (*Sobreponiéndose.*) ¿Ha visto usted? Pero tiene usted razón que le sobra. ¡Si no mienten promesas!, porque de aquí a la vendimia...

D. LUIS. Pues si tienen buena cara las cepas de Pedro Jiménez, no digo nada las baladi y las Don Bueno... ¡Es una bendición de Dios!

PEPI. Toda admirada estoy de ver que su hijo de usted distingue unas vides de otras, cuando apenas empiezan a brotar los pámpanos.

CURRI. Pues a mí no me admira. Por teología lo sabe. ¿No es verdad, primo?

D. LUIS. ¡Todo sea por Dios!

D. PED. ¡Y vaya unos rosales los que están en la vera

de la senda, según se baja al majuelo temprano!

PEPI. ¿No los había usted visto aún? Son injertos de Alejandría. Pero vamos a merendar, no se nos haga tarde después.

VICA. Vamos a probar la deliciosa confitura de Antoñona.

PEPI. ¡Antoñona! ¡Muchachas! Usted, don Luis, aquí, a mi derecha, que por algo es usted el forastero; usted a mi vera también, padre vicario, que le corresponde por mayor en edad, saber y gobierno. El tío y el sobrino que se sienten como gusten, que ya sé que no se pagan de etiquetas. ¿Y doña Casilda?

D.ª CAS. Aquí estoy, aquí estoy; andaba allá dentro haciendo como que hacíamos.

ANTO. ¡Las fresas! *(Colocándolas sobre la mesa, las muchachas sirven la leche a los convidados, llevando platos y frutas de un lado a otro.)*

D. LUIS. Es asombrosa la cantidad de fresas para lo temprano de la estación.

PEPI. Sí, aquí se dan muy bien.

VICA. Y que son puro néctar.

ANTO. ¡Qué! ¿No gustas repetir? ¡Anda, niño, atrévete! Si come menos que un jilguero...

D.ª CAS. Déjale, Antoñona, que si se atraca ahora no va a poder luego con los hojaldres.

CURRI. ¿Y con esta vida regalada, piensas ya en dejarnos y volverte con tu tío el deán...?

PEPI. ¿Qué oigo? ¿Que don Luis, apenas llegado, quiere dar por terminada la vacación, yéndose de nuevo al Seminario?

D. PED. Me ha prometido que no nos iremos hasta que yo clarifique el vino de unas cuantas pipas de candiotera; porque esta vez le acompaña su padre para presenciar su ordenación in sacris...

D. LUIS. Pero usted me va reteniendo más de la cuenta, porque hoy es el achaque del vino, y ayer era el que había que binar los majuelos; y unas veces salimos con que es menester arar los olivares y otras cavar los pies a los olivos...

VICA. No, ahora no te puedes marchar sin que Pepita se ofenda contigo. Pues qué, ¿no vas a estar aquí para cuando la Virgen de la Soledad estrene el manto nuevo que ella le regala?

PEPI. Muy bien dicho, padre.

ANTO. ¿Has probado esta torta de almendra?

D. LUIS. Prefiero tomar otro poco de requesón...

ANTO. ¡Hijo! ¡Quien a los suyos se parece!... Poco que le gustaba a tu padre el requesón... que yo le hacía. ¿Se acuerda usted, don Pedro?

D. PED. Sí que me acuerdo; pero mi chico será en eso sólo en lo que se me parezca, que en lo demás... ¡buena diferencia entre su juventud y la mía!

PEPI. Afortunadamente para él...

D. PED. Bien es verdad que en sustancia todo es uno y lo mismo. Yo también tenía mis horas canónicas en el cuartel de Guardias de Corps; el cigarro era el incensario, la baraja el libro de coro, y nunca me faltaban otras diversiones de ejercicios más o menos espirituales.

D. LUIS. ¡Padre!

D. PED. A ninguna parte irás con ánimo tan encogido.

CURRI. A convertir herejes. Sólo que en vez de acuchillarlos a caballo como Santiago Apóstol, los convencerá con bendiciones, caballero en su buena mula. ¡Y que no venía él orondo! ¡Lástima de gallardía para tan mansa cabalgadura!

D.ª CAS. Padre Vicario, pruebe usted este hueso de santo.

VICA. Se estima, doña Casilda.

PEPI. Mal hacen ustedes, por más que estas burlas sean hijas del cariño, en intentar apartar a don Luis del camino que su voluntad le ha trazado.

VICA. Camino de perfección es.

ANTO. ¡Lástima de muchacho, tan guapo y tan galán!

PEPI. Yo no le veo más dificultad sino que me parece, y ha de perdonarme don Luis que me meta en honduras, que tal vez cree, llevado de su ilusión, que los favores del cielo se consiguen en seguida y no hay más que llegar y triunfar.

D. PED. Ya caerá, ya caerá, que torres más altas se han visto en el suelo, ¡ay!

PEPI. Contaba un amigo de mi marido, marino él y dado a filosofar burla burlando, que cuando estuvo en ciertas ciudades de América era muy mozo y pretendía a las damas con sobrada precipitación, y que ellas le decían con un tonillo lánguido americano: "¡Apenas llega y ya quiere!... ¡Haga méritos si puede" Si esto pudieron decir aquellas señoras, ¿qué no dirá el cielo a los que pretendemos alcanzarle en un abrir y cerrar de ojos? Porque yo también me cuento en el número de los que quieren gozarse en la pura contemplación de Nuestro Señor, apartada del mundanal ruido.

D.ª CAS. ¡Qué ricos melindres!

VICA. Hay de qué alabar las manos de Antoñona.

ANTO. Con la ayuda de Nuestro Señor, se hace lo que se puede.

CURRI. ¡Buen pinche, a fe mía!

PEPI. ¿Quieren ustedes que demos un paseo por la huerta?

D. PED. Cuando usted quiera. (*Se levantan todos.*)

LA 1.ª (*A la* 2.ª) ¡Qué ha de ser tan buen mozo como tiene que haber sido su padre!

LA 2.ª Pues te digo que lo que es yo no me había de confesar con él.

ANTO. ¿Qué estáis vosotras mosconeando? Recoged pronto, que luego tenemos que irnos todos.

CURRI. (*A don Pedro, según van andando.*) ¿A usted le hace tilín la más mocita?

D.ª CAS. (*Al señor Vicario.*) Demasiado me conoce para que yo le diga cuán enemiga soy de andar trayendo y llevando, ni metiéndome donde no me llaman; pero, ¿me quiere usted decir qué más podía esperar Pepita Jiménez que casarse con mi hermano?

VICA. ¡Ay, Señor! (*Van saliendo todos.*)

ESCENA VIII

Pepita y *Don Luis.*

PEPI. (*Que de intento se ha quedado rezagada y haciendo como que hacía algo.*) Pues... juraría que se me ha caído aquí, porque hace un momento lo tenía... (*Sigue buscando, va hacia la mesa, mira debajo, etc.*)

D. LUIS. (*Que ya seguía tras de los demás y que se detiene sin saber qué hacer.*) ¿Se le ha perdido a usted algo?

PEPI. Sí; pero no tiene importancia: un pañolillo de encaje...

D. LUIS. Quizá se le haya caído a usted en el camino. (*Ayudando a mirar e intranquilo al ver que los demás se alejan.*)

PEPI. No... Le he tenido aquí hace un momento; pero, en fin, no importa. (*Una pausa; Pepita se echa a andar muy despacio.*) ¡Qué! ¿Está usted satisfecho de la excursión?

D. LUIS. Sí, señora, mucho.

PEPI. Pues yo le encuentro a usted un tanto mustio...

D. LUIS. No, señora, no.

PEPI. Me apesadumbra el pensar que tal vez por culpa mía se aparta hoy de sus soledades, de sus oraciones y piadosas lecturas.

D. LUIS. Hay tiempo para todo.

PEPI. Cierto; pero harto se nota que usted se comunica con el mundo más por complacer a su padre que por gusto suyo...

D. LUIS. Sí, señora, ¿a qué negarlo?

PEPI. Usted me ha de perdonar si soy maliciosa; pero se me figura que, además del disgusto de verse usted separado hoy de sus ocupaciones favoritas, hay algo más que contribuye a su mal humor.

D. LUIS. ¿Algo más?

PEPI. No es un sentimiento propio de quien va a ser

sacerdote tan pronto; pero sí lo es de un joven de veintidós años.

D. LUIS. No sé.

PEPI. Usted está lastimado de las bromas de Currito y de hacer un papel poco airoso, montado en una mula mansa, como el señor Vicario con sus ochenta años, y no en un brioso caballo como debiera un joven de su edad.

D. LUIS. No me pago de esas pequeñas vanidades.

PEPI. La culpa es del señor Deán, que no ha pensado en que usted aprenda a montar...

D. LUIS. ¡Tendría que ver!

PEPI. La equitación no se opone a la vida que usted piensa seguir, y yo creo que su padre de usted debiera en pocos días enseñarle...

D. LUIS. Un pobre misionero, ¿qué necesidad tiene de esos lujos inútiles?

PEPI. Inútiles, no, don Luis. Si usted va a Persia o a China, allí no hay ferrocarriles aún, y hará usted una triste figura cabalgando mal. Tal vez se desacredite el misionero entre aquellos bárbaros, merced a esta torpeza, y luego sea más difícil de lograr el fruto de las predicaciones. Claro que usted dirá, y con razón, que a mí quién me mete...

D. LUIS. Yo le agradezco sinceramente sus buenos deseos.

PEPI. Y es que, mire usted, don Luis, esta confianza excesiva que yo me tomo con usted tiene su justificación...

D. LUIS. Crea usted que yo interpreto ese interés inmerecido con el mejor augurio. Verdaderamente, mi padre estaba muy solo... Ahora, y gracias a usted...

PEPI. ¿Eh? ¡Don Luis! ¿Qué está usted diciendo?

D. LUIS. ¡Perdón, señora, si la he ofendido al repetirle lo que todo el mundo dice..., lo que mi mismo padre espera... lo que su actitud de usted para con él/me había dado derecho a pensar!...

PEPI. Le perdono..., porque no tiene usted la culpa ciertamente; pero le pido que me crea. Nada

me importa la opinión de los demás, nada tampoco las esperanzas de su padre de usted, acostumbrado a triunfar fácilmente en lides amorosas. Pero me interesa grandemente su opinión de usted...

D. LUIS. Pues... el que yo tal creyera obedece, vuelvo a repetírselo, a su actitud de usted..., que no puedo explicarme de otro modo... Usted, siempre tan recogida en su casa, según cuentan, de algún tiempo a esta parte ha empezado a mostrarse menos esquiva con mi padre y hasta obsequiosa en demasía...

PEPI. Tal vez tiene usted razón... Desde que usted llegó he sentido una invencible atracción hacia ustedes..., y queriendo yo explicarme este fenómeno inaudito, creo haber dado con la clave... Puede decirse que yo no tenía más amigo que el padre Vicario...

D. LUIS. Bien puede usted asegurar que si no es el único, es el mejor.

PEPI. El padre Vicario es la bondad misma... Mas... ¿qué voy a decirle que usted no sepa? Es un pobre cura de misa y olla... Usted, en cambio, ha sido para mí como una luz en las tinieblas...

D. LUIS. Pero... ¡si yo no recuerdo haber hablado con usted arriba de tres veces!...

PEPI. A solas, como ahora, nunca; pero el padre Vicario me habla constantemente de usted..., por él conozco yo sus íntimos pensamientos de usted..., su vocación irresistible...

D. LUIS. Es verdad..., sí; por él... sé yo también... (*Pausa. Luis se lleva las manos a los ojos.*)

PEPI. ¿Qué le pasa a usted?

D. LUIS. Nada, nada...

PEPI. ¿Se siente usted mal?

D. LUIS. No... Es que a veces... Sí, es preciso que me marche al Seminario cuanto antes...

PEPI. ¿Pero por qué? ¿Qué está usted diciendo? ¿Acaso yo impensadamente?...

D. LUIS. No, Pepita, no es de usted la culpa. Yo le agradezco a usted cuanto me ha dicho... Tendrá us-

ted siempre en mí un verdadero amigo... Cuando yo esté en China o en Persia, como usted dice..., la escribiré a usted, y después de muchos años..., cuando vuelva ya viejo, tendremos nuestras pláticas, como habla usted ahora con el padre Vicario... Pero es preciso, es preciso que huya de usted...

PEPI. ¿Tan mala me cree usted?

D. LUIS. ¡Pepita!

PEPI. No le creí a usted tan cobarde... ¿Sabe usted que pienso que no le falta razón del todo a Currito? Pocos herejes convertirá usted cabalgando en su mulita de paso...

D. LUIS. En la primera nueva expedición que hagamos he de ir en el caballo más fogoso de mi padre

PEPI. (*Con una sonrisa de indecible suavidad.*) Mucho me alegraré. (*Echan a andar. Antoñona aparece en la puerta de la casa, los ve y se da por enterada, con gesto de suficiencia.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En casa de Pepita. Pepita y doña Casilda, sentadas a la ventana haciendo labor con Antoñona, que está repasando la ropa de un cesto que tiene al pie. Luego Currito. Empieza a oscurecer al levantarse el telón y va poco a poco cerrando la noche hasta el final del acto.

ESCENA I

D.ª CAS. Pero, ¿de verdad que nada sabían ustedes?

PEPI. ¿Y qué tiene de extraño? Yo siempre sé muy poco lo que pasa fuera de mi casa; pero estos días atrás, con mi enfermedad, mucho menos...

ANTO. Y las que lo sabíamos, nos lo callábamos,

D.ª CAS. ¡Ay, por Dios Pepita! ¿Es que he cometido sin querer alguna inconveniencia?

PEPI. No se preocupe usted, doña Casilda, que no vale la pena. Pero, ¿qué ha sido ello?, que ya han conseguido ustedes meterme en curiosidad.

D.ª CAS. Yo nada sé, sino lo que me dijeron.

PEPI. No se apure usted; será lo de siempre; ganas de hablar de unos cuantos desocupados...

D.ª CAS. No... Por lo que me contaron, parece ser que en el casino se le fué la lengua al conde de Genazahar más de lo justo y...

ANTO. Eso que se deja decir en el casino ese conde tronao no es más que despecho y rabieta de ver que mi niña no le hace caso ahora, como no se lo ha hecho nunca, ni se lo tiene que hacer. ¡Para él voy a haberla criado a mis pechos! ¡Habrá sinvergonzón!

PEPI. ¿Te quieres callar, Antoñona? ¿Qué te importa a ti que el conde diga lo que quiera? Allá él y los papanatas que le escuchan...

D.ª CAS. Eso, no, Pepita. ¡Menguados estaríamos!

ANTO. ¡Y que vaya si chanela de cuentas el hombre! ¡Bonito negocio! En echándoos el cura las bendiciones, ya no había para qué acordarse del dinero contante y sonante que le emprestó tu difunto, que gloria haya.

PEPI. ¿No callarás?

ANTO. ¡Que no me da la gana te digo, ea! ¡Ya se me irá acabando la paciencia, y el mejor día me echo a la cara a ese conde trapalón y le pongo como digan dueñas!

CURRI. (*Entrando.*) ¡A la paz de Dios!

PEPI. ¡Buenas tardes, Currito!

D.ª CAS. ¡A punto llegas!

CURRI. Y a propósito he venido a buscarla a usted, que luego se hace de noche, y con el aquél de ser hoy la velada de San Juan, se ponen esas calles que no es cosa de que se vaya usted sola.

ANTO. (*Aparte.*) ¡Que se iba a perder!

PEPI. ¡Luego dirá usted de su hijo!

D.ª CAS. No, si en lo tocante a buen hijo, no tengo por-

qué quejarme de él; pero de otras cosas sí, que no me gusta a mí que no haga sino zalagardear de una parte a otra. ¿Cuánto va a que te has pasado la tarde en el casino?

ANTO. Y si el niño no fuera al casino, ¿me quiere a mí decir su madre de dónde le vendría a ella el saber todito lo que se cominea en el lugar?

PEPI. ¡Antoñona!

D.ª CAS. ¡Déjala, mujer, que tiene gracia! Y no vayas a creer que te falta razón en mucho. Por algo le decía yo a Currito que a punto llegaba. El, mejor que nadie, nos puede decir lo que pasó.

PEPI. No se moleste usted, doña Casilda, ni importune a su hijo con semejante cosa. Le aseguro que no me importa nada de lo que de mí se diga o se murmure, y mucho menos cuando el que dice o murmura es un hombre tan desprestigiado como el conde de Genezahar.

ANTO. Y razón tiene tu madre para decir que llegaste a punto. Sí, señor, que es verdad; a punto y hora de que yo te diga que no tenéis vergüenza los hombres que se estilan; que en mis tiempos, y para el caso no soy tan vieja, había de haber sucedido el que un sinvergonzón se dejara decir ni tanto así de una mujer, cuanto más de una señora principal, para que cualquiera que estuviese delante no le hiciera morderse la lengua de un puñetazo en los morros.

CURRI. No era cosa de que arremetiéramos dos contra uno.

PEPI. ¿Cómo dos?

CURRI. Me callé porque alzó la voz quien tenía más por qué hablar que yo.

D.ª CAS. ¿Qué dices, niño? ¿Que estaba allí tu tío?

CURRI. Estaba mi primo Luis, que le tapó la boca, si no con los puños, con la teología que él sabe sacar cuando llega el caso.

PEPI. ¿Don Luis fué quien...?

D.ª CAS. ¿Tu primo?

ANTO. No, si les hay que le dicen chitón callando *(Ruido de gente en la calle.)*

D.ª CAS. ¡Válgame Dios, qué tumulto! Vámonos pronto, hijo, vámonos antes de que toda la chusma se eche a la calle.

ESCENA II

Dichos, el señor *Vicario, Don Pedro* y *Don Luis.* Estos dos hablan desde la calle y no llega a vérselos.

VICA. ¡Miren, miren qué cabalgata más lucida! Asómense, asómense a las ventanas y verán que no miento.

D.ª CAS. ¡Dos jinetes de mucho garbo vienen calle adelante rodeados de muchachos que los jalean!

CURRI. ¡Pero qué veo! ¡Si son tío don Pedro y el primo Luis!

VICA. ¿Tenía yo razón al ponderar el suceso?

PEPI. ¿Eh? ¡Ay! (*Va a levantarse y no puede, en un momento de ligerísimo desmayo.*)

ANTO. ¿Qué te pasa, niña?

PEPI. Nada..., no ha sido nada; que se me iba la vista un poco...

ANTO. De estarte ahí cose que te coserás... (*Mirando a la calle.*) ¡Olé la sal del mundo!

D. PED. Aquí le tiene usted, Pepita...

PEPI. Bravo, bravo.

D. PED. Apenas me dijo que usted le había excitado a que aprendiese a montar, me comprometí a hacer de él en dos semanas el mejor caballista de Andalucía.

PEPI. Verdad es que yo le animé, sí, señor...

ANTO. ¡Capaz será ya de ir a Gibraltar por contrabando y volver de allí burlando el resguardo con una coracha de tabaco!

PEPI. ¡Qué! ¿No se apean ustedes un momento?

CURRI. Sí, señor, que esto hay que mojarlo, y Pepita está dispuesta a que nos bebamos unas cañas

PEPI. ¡Bien dicho! ¡Vaya que sí!

D. LUIS. No, que ya se hace tarde y hemos de recogernos pronto.

ANTO. ¿Tanto tienes que madrugar?

D. LUIS. Sí, como mañana partimos mi padre y yo de camino...
PEPI. ¿Mañana?
ANTO. ¿Y te ibas a marchar a la francesa que le dicen?
D. PED. Yo, por mí, ya hubiera querido venir; pero bien sabe usted lo corto que es mi hijo.
D. LUIS. Como sabíamos que estaba usted enferma...
D. PED. Pero si está usted ya más repuesta, después vendremos, que con esto del paseo aún no hemos comido...
PEPI. Como ustedes quieran...
CURRI. ¡Vamos, que quien te viera y quien te ve! ¡Muy cambiado te va a encontrar el tío!
D. PED. ¿Qué hay? ¿Le echaba o no le echaba a Lucero los calzones encima?
D. LUIS. Bien está, padre; no es menester alabarme tanto. Muy buenas noches.
PEPI. Adiós, y celebro que no haya usted echado mi consejo en saco roto. Hasta luego, pues.
D.ª CAS. Allá vamos también, que lo que es esta noche no vuelvo yo a salir. ¿Usted se queda, padre?
PEPI. Sí, el padre me tiene un rato compañía. (*Doña Casilda recoge la labor y sale con Currito.*)
D.ª CAS. Pues entonces, hasta mañanita.
CURRI. Que la gocen ustedes.
PEPI. Adiós. (*Les acompaña a la puerta.*)
ANTO. (*Recogiéndolo todo y marchándose al interior de la casa.*) ¡Hum! Gato hay, gato hay, que a mí no se me da gato por liebre, y a la niña se le va la vista de tanto coser... ¡Guarda, que soy podenca!

ESCENA III

El *Vicario* y *Pepita.*

PEPI. ¡Ay, padre! ¡Cuánto celebro que haya usted venido, porque ya iba a llamarle!
VICA. ¡Qué pálida estás! ¿Qué padeces? ¿Tienes algo importante que decirme?

PEPI. ¡Ay! ¿No adivina usted mi enfermedad? ¿No descubre usted la causa de mi padecimiento? (*El Vicario se encoge de hombros y mira a Pepita con cierto susto, porque nada sabe.*)

PEPI. Padre mío, yo no debí llamar a usted, sino ir a la iglesia y hablar con usted en el confesonario y allí confesar mis pecados.

VICA. ¿Qué dices de pecados? ¿Estás loca?

PEPI. No he tenido valor para hablar con el confesor, sino con el amigo...

VICA. ¡Vamos, vamos! ¡Qué pecados han de ser los tuyos si eres tan buena!

PEPI. No, padre; yo soy mala. ¡He estado engañando a usted, engañándome a mí misma, queriendo engañar a Dios!

VICA. Vamos, cálmate, serénate; habla con orden y con juicio para no decir disparates.

PEPI. ¿Y cómo no decirlos cuando el espíritu del mal me posee?

VICA. ¡Ave María Purísima! Muchacha, no desatines. Mira, hija mía; tres son los demonios más temibles que se apoderan de las almas, y ninguno de ellos, estoy seguro, se puede haber atrevido a llegar hasta la tuya. El uno es Leviatan o el espíritu de la soberbia; el otro Mansón, o el espíritu de la avaricia; el otro Asmodeo, o el espíritu de los amores impuros.

PEPI. Pues de los tres soy víctima; los tres me dominan.

VICA. ¡Qué horror! Repito que te calmes. De lo que tú eres víctima es de un delirio.

PEPI. ¡Pluguiese a Dios que así fuera! Soy avarienta, soy soberbia, y Dios me ha castigado; Dios ha permitido que ese tercer enemigo de que usted habla se apodere de mí.

VICA. ¿Cómo es eso, muchacha? ¿Qué diablura se te ocurre? ¿Estás enamorada quizás?

PEPI. Sí.

VICA. ¿Y qué mal hay en ello? ¿No eres libre? ¡Cásate, pues, y déjate de tonterías!...

PEPI. ¡No puede ser!

VICA. ¿Cómo que no puede ser? Seguro estoy de que mi amigo don Pedro de Vargas ha hecho el milagro...

PEPI. ¡Oh!

VICA. ¡El demonio es el tal don Pedro! Te declaro que me asombra. No juzgaba yo el asunto tan mollar y tan maduro como estaba.

PEPI. Pero si no es de don Pedro de Vargas de quien estoy enamorada.

VICA. ¿Pues de quién entonces? (*Pepita se levanta de su asiento; va hacia la puerta, la abre; mira para ver si alguien escuchaba desde fuera; la vuelve a cerrar; se acerca luego al padre Vicario, y toda acongojada, con voz trémula, con lágrimas en los ojos, dice casi al oído del buen anciano.*)

PEPI. Estoy perdidamente enamorada de su hijo.

VICA. ¿De qué hijo?

PEPI. ¿De qué hijo ha de ser? Estoy perdida, frenéticamente enamorada de don Luis. (*La consternación, la sorpresa más dolorosa se pintan en el rostro del cándido sacerdote.*)

VICA. ¡Las mujeres son peores que Pateta! ¡Echáis la zancadilla al mismísimo mengue!

PEPI. ¿No se lo decía yo a usted? ¡Yo soy muy mala!

VICA. ¡Sea todo por Dios! Vamos, sosiégate. La misericordia de Dios és infinita. Cuéntame lo que ha pasado.

PEPI. ¿Qué ha de haber pasado? Que le quiero, que le amo, que le adoro; que él me quiere también. aunque lucha por sofocar su amor, y tal vez lo consiga; y que usted tiene mucha culpa de todo.

VICA. ¡Pues no faltaba más! ¿Cómo es eso de que tengo yo mucha culpa?

PEPI. Con la extremada bondad que le es propia, no ha hecho usted más que alabarme a don Luis, y tengo por cierto que a don Luis le habrá usted hecho de mí mayores elogios, si bien harto menos merecidos. ¿Qué había de suceder? ¿Soy yo de bronce?

VICA. Tienes razón que te sobra. Soy un mentecato. He contribuído poderosamente a esta obra de Lucifer.

PEPI. No se aflija usted, padre mío; no se aflija usted, por amor de Dios. ¡Mire usted si soy perversa! ¡Cometo pecados grandísimos y quiero hacer responsable de ellos al mejor y más virtuoso de los hombres!

VICA. Yo veía en don Luis el modelo ejemplar del sacerdote, del misionero, del varón apostólico.

PEPI. ¡Y yo, en cambio, soñaba con robársele a Dios y a su templo, como el ladrón, enemigo del cielo, que roba la joya más rica de la veneranda custodia!

VICA. ¡Ay, niña! ¡Qué pena me da lo que te oigo! ¡Quién lo hubiera podido imaginar siquiera! (*Pepita se cubre el rostro con ambas manos y se echa a llorar como una Magdalena.*) ¡Muchacha! ¡No seas extremosa! ¡No me partas el corazón! ¡Tranquilízate! Ese amor es un amor sin esperanza, un amor imposible; don Luis no te querrá.

PEPI. ¡Me quiere! Me lo declaran sus ojos. Su amor es tan profundo, tan ardiente como el mío, por más que su virtud, su aspiración a los bienes eternos y su esfuerzo varonil tratan de vencer esta pasión insana...

VICA. Don Luis se ha arrepentido sin duda de su pecado. Cuando se va mañana, clara señal es de que la virtud ha triunfado en él y huye de ti, como debe, para hacer penitencia, cumplir su promesa y acudir a su vocación. Arrepiéntete tú también, y se acabó. Dios os perdonará y os hará unos santos.

PEPI. Bueno está eso; cumplir su promesa..., acudir a su vocación... ¡y matarme a mí antes! ¿Por qué me ha querido? ¿Por qué me ha engañado? ¡No será!

VICA. Pepita, niña, vuelve en ti...

PEPI. ¿Pero qué? ¿No hay más que burlarse de mí, destrozarme el corazón, humillármelo y piso-

teármelo, después de habérmelo robado por engaño?

VICA. ¡No te atormentes de ese modo!

PEPI. ¡Se acordará de mí! ¡Me la pagará!

VICA. Hija mía, esta vida es muy breve y pronto se pasa. En el cielo os reuniréis y os amaréis como se aman los ángeles... ¡Sé generosa! ¡Sé valiente! ¡Déjale partir!

PEPI. Si es tan santo, si es tan virtuoso, ¿por qué me miró prometiéndomelo todo con su mirada? Si ama tanto a Dios, ¿por qué nace mal a una pobre criatura de Dios? ¿Es esto caridad? ¿Es religioso esto? No; es egoísmo sin entrañas...

VICA. Hay, además, motivos mundanos, poderosos, que se opondrían a esos absurdos amores aunque la vocación y promesa de don Luis no se opusieran. Su padre te pretende; aspira a tu mano, por más que tú no le ames... ¿Estará bien esto, que salgamos ahora con que el hijo es rival del padre?

PEPI. ¡Qué fácil es dar consejos!

VICA. Los consejos que te doy son por tu bien. . Deja que don Luis se vaya. La ausencia es gran remedio para el mal de amores.

PEPI. ¡Me moriré! Me moriré en pecado.

VICA. ¡Quiá! Así que esté lejos don Luis, irás poco a poco serenándote y conservarás de él un grato y melancólico recuerdo que no te hará daño...

PEPI. ¡Padre mío, padre mío!

VICA. ¡Llora, llora! ¡Si tú eres buena! ¡Si no puedes ser mala!

PEPI. ¡Sí, es verdad, es verdad; tiene usted razón! ¡Yo me dominaré! ¡Yo me venceré!

VICA. Pues claro que sí. ¡No faltaba más!

PEPI. Ya no volveré a verle.

VICA. Eso ha sido una pesadilla; despierta, hija mía, despierta y alégrate.

PEPI. Está bien, padre; yo me alegraré; casi me alegro ya de que se vaya...

3

VICA. Bueno, bueno, cálmate, tranquiliza esos nerviecillos y... ya hablaremos... (*Se levanta.*)

PEPI. (*Acompañándole a la puerta.*) Deseando estoy que pase el día de mañana, y que pasado, venga Antoñona a decirme, cuando yo despierte: "Ya se fué don Luis." Usted verá cómo renace entonces la calma y la serenidad antigua en mi corazón.

VICA. Así sea. (*Mutis.*)

(*Pepita, no bien vuelve a cerrar la puerta, queda sola, de pie en medio de la estancia, permanece un rato inmóvil, con la mirada fija, aunque sin fijarla en ningún objeto y con los ojos sin lágrimas. De repente, como si lograse desatar un nudo que le apretaba la garganta, como si quebrase un cordón que la ahogaba, rompe en lastimeros gemidos, y vertiendo un caudal de llanto da con su cuerpo, tan lindo y delicado, sobre las losas frías del pavimento, en desorden la vestidura, desatada la trenza de sus cabellos.*)

ESCENA IV

Pepita y *Antoñona.*

ANTO. (*Precipitándose en la sala.*) ¡Vea usted ese zángano, pelgar vejete, tonto, qué maña se da para consolar a sus amigas! Habrá largado alguna barbaridad de esta criaturita de mi alma, y me la ha dejado aquí medio muerta, y él se ha vuelto a la iglesia a preparar lo conveniente para cantarla el gorigori, y rociarla con el hisopo y enterrármela sin más ni más. (*Luego la alza del suelo y la pone con mucho cuidado sobre el sofá.*) ¿Qué soponcio es éste? Apuesto cualquier cosa a que este zanguango de Vicario te ha echado un sermón de acíbar y te ha destrozado el alma a pesadumbres. ¡Ea! ¡Déjate de llanto y dime lo que tienes! ¿Qué te ha dicho el Vicario?

PEPI. Nada ha dicho que pueda ofenderme.

ANTO. Bien está, niña, bien está; que yo no te lo preguntaba por aprender lo que me sé de corrido, sino por buscarte un desahogo. ¿Y qué pecho amigo has de encontrar mejor que el de tu ama ni que más conozca tus antojos?

PEPI. ¿Qué dices, Antoñona?

ANTO. Digo que esto no me coge de susto; que de sobra me la tenía yo tragada, estoy por decir que aun antes de que tú cayeras en ello

PEPI. Bien puedes asegurarlo; que ni yo misma sé...

ANTO. ¡No en balde soy perro viejo! ¿O es que crees que no echaba yo de ver cómo se te encendían los colores, así de que sus ojos dieron en tropezar con los tuyos cuando al hombre, por mirar al cielo, se le iba el santo al suelo?

PEPI. ¡Antoñona!

ANTO. ¿Y hoy mismo, al verle pasar tan jaranero por obra y gracia de la idea que tuviste de hacerle montar a la jineta, me tienes por tan lerda, que no supiera dar razón de aquel anublársete el entendimiento, que yo quise achacar a la flojera de tu enfermedad y al empeño con que tomaras la costura?

PEPI. De todo hubo, no creas...

ANTO. ¿Y no le dicen nada tampoco al buen entendedor esos arrestos del teólogo, confundiendo al majadero del conde, cuando sale con balandronadas de mal caballero?

PEPI. Verdad es, Antoñona, cuanto dices, y no tengo para qué engañarte.

ANTO. ¿A qué, entonces, esa llantina?

PEPI. No ha habido ahora sino que el padre Vicario me amonesta con dulzura para que me arrepienta de mis pecados, para que deje partir en paz a don Luis; para que le olvide.

ANTO. ¡Habráse visto el demonio del cura!

PEPI. Yo le he dicho que sí a todo; he querido hasta aborrecerle...; cuando el Vicario estaba aquí, juzgué que tenía bríos... Pero quiero a don

Luis, y esta razón es más poderosa que todas las razones...

ANTO. ¿A quién se lo cuentas, hija?...

PEPI. No sabía yo lo que era amor... ahora lo sé; no hay nada más fuerte en la tierra y en el cielo...

ANTO. Y que lo digas, niña mía... ¿Y sabes lo que hay que contarle al Vicario? Pues que se meta en su sotana y que os eche las bendiciones, que es su obligación, y no se ocupe de más historias...

PEPI. Pero... don Luis no me quiere...

ANTO. Esa sí que es grilla... ¡Sería el primero!

PEPI. Si don Luis me amase, me sacrificaría sus propósitos, sus votos, su fama, sus aspiraciones a ser un santo... Dios me lo perdone... Es horrible lo que voy a decir, pero lo siento aquí en el pecho; me arde aquí, en la frente; yo por él daría hasta la salvación de mi alma.

ANTO. ¡Jesús, María y José!

PEPI. ¡Es cierto; Virgen Santa de los Dolores, perdonadme, perdonadme... estoy loca... no sé lo que digo, y blasfemo!

ANTO. Sí, hija mía, ¡estás algo empecatada! ¡Válgame Dios, y cómo te ha trastornado el juicio ese teólogo pisaverde! Pues si yo fuera tú, no lo tomaría contra el cielo, que no tiene la culpa, sino contra el mequetrefe del colegial, y me las pagaría o me borraría el nombre que tengo. Ganas me dan de ir a buscarle y traértele aquí de una oreja y obligarle a que te pida perdón y a que te bese los pies, de rodillas.

PEPI. No, Antoñona. Veo que mi locura es contagiosa y que tú deliras también. En resolución, no hay más recurso que hacer lo que me aconseja el padre Vicario. Lo haré aunque me cueste la vida. Si muero por él, él guardará mi imagen en su memoria, mi amor en su corazón, y Dios, que es tan bueno, hará que yo vuelva a verle en el cielo con los ojos del alma y que allí nuestros espíritus se amen y se confundan.

ANTO *(Saltándosele las lágrimas.)* Caramba, niña,

vas a conseguir que suelte yo el trapo a llorar y que berree como una vaca. Cálmate, y no pienses en morirte ni de chanza. Veo que tienes muy excitados los nervios. ¿Quieres que te traiga una taza de tila?

PEPI. No, gracias; déjame... ya ves cómo estoy sosegada

ANTO. Anda, anda a componerte un poco, que no pueden tardar en venir. ¡Malhaya el tal don Luis y su manía de meterse cura! ¡Buenos supiripandos te cuesta! *(La lleva amorosamente a su alcoba; luego sale presurosa.)* ¡Diantre de colegial, ingrato, desaborido, mostrenco! ¡Cómo te haces de pencas cuando toda la sal de la tierra se está derritiendo por ti y el sol de la hermosura te aguarda! ¡Fullero de amor, indinote, maldecido seas; malos chusqueles te tagelen el drupo, que has puesto enferma a la niña, y con tus retrecherías la estás matando!

ESCENA V

Antoñona y *Don Pedro.*

D. PED. ¡Ah de casa y Dios la guarde!

ANTO. Pasen, pasen ustedes, que la niña saldrá luego.

D. PED. En pasando yo, pasó toda la compañía, que ni aun la de mi sombra traigo.

ANTO. Por mor de las nubes será eso, que no habrán querido que la luna se la diera. Pero ¿y el niño? ¡Ah, ya! Andará de Ceca en Meca despidiéndose y se habrá retrasado más de la cuenta...

D. PED. Es el caso, Antoñona, que el niño no viene.

ANTO. ¿Que no viene el palomo ladrón? ¿Pues cómo le ha dado el repenterre de marcharse sin decir tampoco un "por ahí te pudras" de agradecido?...

D. PED. ¿Tú lo sabes, Antoñona? ¿No? Pues allá me ando yo contigo en punto a entender a mi hijo...

ANTO. Pero si quedó tan conforme en que venía...

D. PED. Cierto. ¿Tú no le oíste el menor reparo, al anunciarle yo a tu señora nuestra visita de despedida?

ANTO. Y tanto que no...

D. PED. Pues apenas acabamos de comer, se retiró a su cuarto, y sin alegar pretexto ninguno, me rogó que le dispensara de venir y que le disculpase con tu señora.

ANTO. ¡Válate Dios!

D. PED. Su tío me lo ha criado debajo de un fanal, haciéndole tragar Teología y más Teología y dejándole a oscuras de lo más que hay que saber...

ANTO. Así es que... usted lo achaca a cortedad...

D. PED. No tengo motivo para achacarlo a otra cosa.

ANTO. ¿Y no será...?

D. PED. ¡Qué! ¡Acaba! ¿Qué sabes o qué supones que pueda sacarnos de dudas?

ANTO. No; es un suponer... claro está...

D. PED. Pero ¿cuál? ¡Dí!

ANTO. Digo yo y que si no será que al niño no le caiga muy en gracia que su padre haya dado en el pensamiento de procurarle madrastra...

D. PED. ¡Nada de eso!

ANTO. Hum...

D. PED. Por el contrario, me mostró bien a las claras su alegría, aun antes de conocer a tu señora; tanto más, luego de vista y tratada.

ANTO. No estaría yo tan segura de que es así y de que no puede ser de otra manera...

D. PED. Nunca me ha dicho nada en propósito. Unicamente en estos últimos días, viéndome un tanto descorazonado por mis repetidos reveses, sí que pretendió consolarme, intentando hacerme comprender la contra que tenía el pro con que yo abonaba mi deseo.

ANTO. ¡Ya! ¿Y qué contra es ésa? ¡Ay, usted disimule si le pregunto más que el Catecismo, que bien sabe Dios que no lo hago sino mirando por lo que miro!

D. PED. Gracias, Antoñona; que siempre te creí fiel.

Nada puede sacarse en limpio de las razones de mi hijo por ver de consolarme. Eran harto inocentes, y siempre a vueltas con los muchos años que le llevo a tu señora...

ANTO. A usted... no le parece bastante...

D. PED. En todo caso sería razón que bastara a justificar la negativa de Pepita; pero ¿qué tendría eso que ver con la melancolía, el desabrimiento, de mi hijo?

ANTO. ¡Ay, mi señor don Pedro! No entiendo yo de hablar tan fino como usted... pero lo que es a buen ojo...

D. PED. ¡Dime qué ves que a mí no se me alcance!

ANTO. Al cabo, hombre es don Luis como el que más.

D. PED. ¿Qué quieres decir con eso?

ANTO. ¡Mire usted que todas las señas son mortales de andar en quereres!...

D. PED. ¿Se te ha vuelto el juicio?

ANTO. No, señor, no; que ésta es la pura verdad. ¿Por qué no había de estar enamoriscado, sin acaso saberlo él mismo, o lo que es más, enamorado por la tremenda?

D. PED. Me haces reír. ¡Si él te oyera! ¡Colorado como una guinda se había de poner!

ANTO. O pálido como de cera, que eso es cuestión de que la sangre corra de prisa o se pare de golpe.

D. PED. Pero... ¿en qué te fundas para sospechar tal disparate?

ANTO. Pues en lo que todos vemos y yo sola entiendo.

D. PED. Si apenas ha hablado con ninguna mujer.

ANTO. ¡Ta, ta!

D. PED. Fuera de tu señora...

ANTO. *(Luego de una pausa, mirándole muy fijamente.)* ¡Ya!

D. PED. Conque... ya ves... que no puede ser lo que piensas...

ANTO. Si usted supiera lo que yo sé... no hablaría con esa seguridad...

D. PED. ¿Eh? ¿Qué piensas que no dices?

ANTO. Usted, usted es quien, al igual de los papagayos, dice lo que no piensa.

D. PED. ¡Antoñona! ¿Eh? ¿Qué he dicho yo?... ¡Oh! ¡No!... ¡No puede ser! *(Una pausa indefinible.)*

ANTO. Sí, mi señor don Pedro, sí... Que ciego era menester que hubiese usted estado para no haberlo visto desde un principio.

D. PED. ¡Hipócrita, bribón!

ANTO. Tenga queda la mala voluntad que se le quiera subir al sentido y dese a razones, que yo le juro por lo más sagrado, y malos mengues me lleven si miento, que no hay culpa ninguna de nadie.

D PED. ¡Así andaba de huído el muy cobarde! ¡Así andaba ella de escondida y vergonzosa!

ANTO. Huído anda su niño de usted, y malita, que no puede ser más, anda mi niña de mis entretelas, de que les picó la víbora y sintieron ardérseles el pecho del mismo fuego, sin que ellos pusieran arte ni parte.

D. PED. ¡Qué va a ser de mí!

ANTO. Mire usted, mi señor don Pedro, estaría de Dios; que bien dice el decir que hay que darle tiempo al tiempo, y los nabos en adviento. Y ahora usted se va y se echa afuera ese peso que no le deja respirar a gusto, y se calla usted la boca, y no le dice nada al niño, y de hoy más en adelante usted me va a ayudar a mí, que ahora mismito me voy al santo teólogo y le canto las cuarenta, echándole en cara el estarse portando como un tuno, que me ha hechizado a mi ángel con un bebedizo maligno y con sus tiquismiquis celestiales, y le diré que los santos son compasivos y además valerosos, y como está muy feo el huir como un cobardón grosero sin despedirse, debe hacer la obra de misericordia de venir a ver a mi niña que está enferma, y con la cháchara que gasta y la labia que Dios le ha dado, le infundirá en los cascos la resignación y la dejará consolada. Le doy luego seis o siete pellizcos por bajo de las es-

paldas, hasta sacarle a túrdigas el pellejo, y me lo traigo para acá como a un doctrino.

D PED. ¡Hágase la voluntad de Dios! ¡Señor! ¡Señor! *(Sale.)*

ESCENA VI

Antoñona y las *Criadas*.

LA 1.ª *(Que viene corriendo.)* ¡Por aquí han de pasar!

LA 2.ª *(Detrás.)* ¡Mejor hubiera sido salir a la cancela!

ANTO. ¿Qué es eso? ¿Adónde vais tan alocadas? *(Rasgueo de guitarras en la calle.)*

LA 2.ª Esta ha sido, que yo, por mí. mejor quería salir a la cancela que no a la reja.

ANTO. Pero ¿qué reja, ni qué cancela, ni qué demonios coronados decís?

LA 1.ª No se arremoline usted, señora Antoñona, que no hay por qué. Que no hubo más sino que oímos guitarras y se nos fueron los pies tras de la música. Pero no saque el genio, que ya nos vamos

ANTO. ¿Qué estás hablando de genios tú, parlanchina sabihonda? Demasiado sabéis que cuando no hay razón ni motivo no se me avinagra el humor. ¿Crees que no he sido mocita como tú? Y con más garbo y más ángel que vosotras, que tenéis una mala sombra que ni hecha de encargo... Ahora vais a ver quién soy yo cuando me determino a dar gusto a quien no lo sabe agradecer. Esta noche. por festejar la velada de San Juan, vais a hacer todas vacación, y ahora mismito os pasáis a la casa de campo y me armáis un jaleo probe de fandango y coplas y repiqueteo de palillos, con bien de brincos y mudanzas.

Las DOS. ¡Ole con ole! ¡Y que viva la gente de rumbo!

LA 1.ª ¡Como esta noche atrape novio para marido, tiene que ser usted mi madrina de boda!

ANTO. ¡Hale, hale, no escandalicéis aquí, que siempre habéis de armar jolgorio donde no es propio! *(Se van las chicas y luego Antoñona, no sin echar una ojeada antes, atisbando, hacia las habitaciones de Pepita.)* Así no habrá escuchas ni mirones... *(Queda la escena sola; campanas, guitarras, etc.)*

ESCENA VII

Pepita; luego, *Antoñona* y *Don Luis.*

PEPI. *(Sale muy compuesta, palmatoria en mano. Se llega al altarito del Niño Jesús y, encendiendo las velas que estaban apagadas, se postra de hinojos.)* ¡Ay, Niño mío, escúchame! Concédeme lo que te pido, que yo te lo pagaré en buenas obras. A ti me dirijo, que no me das miedo como Nuestro Padre Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, ni me asustas tampoco como Nuestro Señor Jesucristo clavado en el santo leño. ¡Niño mío, por tu Madre de los Dolores gozosos, no te me lleves a mi don Luis!... ¡Tú no lo necesitas, que eres rico y abastado de todo, y puedes, sin gran sacrificio, desprenderte de ese servidor y cedérselo a tu sierva, Niño mío! *(Una copla en el silencio.)*

ANTO. Niña, aquí tienes al señor don Luis, que viene a despedirse de ti. *(Mutis rápido.)*

PEPI. *(Sobreponiéndose.)* Al fin se dignó usted venir antes de su partida. Yo había perdido ya la esperanza.

D. LUIS. Su queja de usted es injusta. Ya le dicho antes que el no venir fué por el temor de molestar, sabiéndola delicada de salud...

PEPI. ¿Y su padre? Singular es que haya usted venido solo.

D. LUIS. Mi padre no me ha acompañado, señora, porque no sabe que he venido.

PEPI. ¿Cómo se entiende eso, cuando hace un rato me prometieron venir los dos?

D. LUIS. Al llegar a casa me arrepentí de haber condescendido, y le rogué a mi padre que, a la vuelta de su viaje, me disculpara con usted.

PEPI. Entonces... ¿por qué ha venido usted ahora? Don Luis, permítame usted que le dé un consejo desinteresado...

LUIS. Yo se lo agradezco a usted en el alma...

PEPI. Don Luis: usted no conocía el mundo, ni sus asechanzas, y he aquí que de pronto surgen la tentación y el pecado...

D. LUIS. ¿El pecado, señora?

PEPI. Sí, amigo mío; es inútil que intente usted engagañarse a sí mismo. Yo he sido la primera mujer con quien usted se ha encontrado en su camino. Y usted se ha declarado vencido.

D. LUIS. ¿Vencido yo?

PEPI. Sí, amigo mío, que la huída confiesa la derrota. Y aquí de mi consejo: Don Luis, no sea usted sacerdote.

D. LUIS. ¿Qué está usted diciendo?

PEPI. Si yo, tan zafia y vulgar, metida en un pueblo como éste en que he vivido siempre, he podido preocuparle a usted, ¿qué será de usted apenas se lance al brillo de las cortes?

D. LUIS. No me crea usted tan novicio; que si bien es cierto lo que usted dice respecto a mi poco trato con el mundo, mi imaginación sobrepujaba a la realidad. Excitada por la lectura de los cantores bíblicos y de los poetas profanos, conocía el precio de mi sacrificio...

PEPI. Está bien. *(Muy emocionada.)* Nada me queda que decirle entonces, si no es que abrevie esta despedida... Ahora soy yo quien le ruega que se marche... *(Se dan las manos con timidez, sin atreverse a decir más, y así continúan un momento, con las manos unidas. Pepita le mira tristemente con bellísima expresión de melancolía. Llora. Sin saber cómo, se unen sus bocas en un beso.)* ¡Don Luis! *(Pausa.)*

D. LUIS. *(Oculta la cara entre las manos.)* Se diría que

hubo en esto algo de fatídico, que estaba escrito, que era una predestinación.

PEPI. Y si es una predestinación, si estaba escrito... ¿por qué no someterse? ¿Por qué resistirse todavía? Sacrifique usted sus propósitos a nuestro amor; sin usted no hay felicidad para mí.

D. LUIS. Mi alma está llena de amor de Dios. ¿Por qué en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta el siglo, hasta la impureza del mundo, no se eleva usted hasta mí por virtud de ese mismo amor que me tiene, limpiándole de toda escoria?

PEPI. ¿Persiste, pues, en su propósito? ¿Está usted seguro de su vocación? ¿No teme usted ser un mal clérigo? Voy a prescindir de todo sentimiento y voy a discurrir con frialdad, como si se tratase del asunto que me fuese más extraño. Aquí hay hechos que se pueden comentar de dos modos. Con ambos comentarios queda usted mal. Expondré mi pensamiento. Si la mujer que con sus coqueterías, no por cierto muy desenvueltas, casi sin hablar a usted palabra, a los pocos días de verle y tratarle ha conseguido provocar a usted, moverle a que mire con miradas que auguraban amor profano; si esta mujer es, como lo es en realidad, una lugareña ordinaria, sin instrucción, sin talento y sin elegancia, ¿qué no se debe temer de usted cuando trate y visite en las grandes ciudades a otras mujeres mil veces más peligrosas; que son más diestras en mirar y herir? Y si ha cedido usted impulsado por capricho fugaz, ¿no tengo razón en prever que va usted a ser un clérigo detestable? En esta suposición, créame, señor don Luis, y no se me ofenda, ni siquiera vale usted para marido; si usted ha... besado a una mujer que nada le inspiraba, sino algo que para mí no tiene nombre, vaya usted con Dios, y no se case con esa mujer; pero, por amor de Dios, no sea usted clérigo tampoco. La Iglesia ha menester de otros hombres más

serios y más capaces de virtud, para ministros del Altísimo.

D. LUIS. Tengo que dominarme mucho para contestar a usted con la frialdad de quien opone argumentos a argumentos, como en una controversia; pero la acusación de usted viene tan razonada, que me fuerzo a desvanecerla con razones. Aunque me he criado al lado de mi tío y en el Seminario, donde no he visto mujeres, no me crea usted tan ignorante ni tan pobre de imaginación que no acertase a representármelas en la mente todo lo bellas, todo lo seductoras que pueden ser. Si llego a tratar a esas de que usted me habla, lejos de caer en la locura que usted predice, tal vez sea un desengaño lo que reciba. Tal vez he pecado de confiado, y Dios ha querido castigarme. Usted se ha interpuesto en mi camino y me acusa de liviano y de fácil. No quiero pecar de orgulloso defendiéndome. Si Dios, en castigo de mi soberbia, me ha dejado de su gracia, hasta posible es que el más ruin motivo me haya hecho vacilar y caer; pero yo lo entiendo de otra manera. Sobre todos los ensueños de mi imaginación ha venido a sobreponerse la realidad que en usted he visto. Pepita, el amor que usted me ha inspirado es inmenso, pero luchan contra él mi obligación, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próxima a realizarse. Si usted logra en mí su amor, usted no se humilla. Si yo cedo a su amor de usted, me humillo y me rebajo. Deje usted que vaya adonde me llama mi deber, mi promesa y la voz del Altísimo.

PEPI. ¡Ay, señor don Luis! He deseado desechar de mí este amor y no me ha sido posible. He pedido a Dios con mucho fervor que me quite el amor o me mate, y Dios no ha querido oírme. He rezado a María Santísima para que borre del alma la imagen de usted, y el rezo ha sido inútil. He hecho promesas al santo de mi nombre para no pensar en usted sino como él pen-

saba en su bendita esposa, y el santo no me ha socorrido. Soy una pecadora... Yo amo en usted, no ya sólo el alma, sino el cuerpo y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua. *(Larga pausa; Don Luis calla ensimismado. Pepita sigue entre sollozos.)* Pero usted... me desprecia... y hace bien en despreciarme. ¡Adiós para siempre! *(Pepita, sin volver la cara, inundada de lágrimas, fuera de sí, con precipitados pasos, se lanza hacia la puerta que da a las habitaciones interiores. Don Luis, luego de dudar un punto, la sigue. Queda la escena sola. Se oye otra copla.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Patio en casa de Don Pedro.

ESCENA I

Doña Casilda y Antoñona.

ANTO. ¡Vaya! Por lo que usted me dice que han dicho los señores médicos, estamos del otro lado.

D.ª CAS. Eso parece. Ya ves tú: hoy ya le han dado permiso para que se levante y salga del cuarto. Es verdad que ayer no tuvo fiebre tampoco, y la de estos días atrás más creo yo que era debida al sofocón que no a la herida.

ANTO. Bien dice usted, sí, señora; que no tiene que haber sido flojo el que se llevara él, mirando el que me llevé yo.

D.ª CAS. Sin sangre en las venas me quedé cuando oí entrar a mi Currito, tan tarde que ya había sol, y en vez de retirarse a su cuarto a la chita callando, como tiene por costumbre, porque ya sabe lo que disgusta a su madre con tanto des-

velarse, me le veo en mi alcoba, que ¡figúrate el susto que me dió!, y me cuenta... ¡Jesús, María y José! Te digo que todavía no he vuelto.

ANTO. ¡No me diga usted, doña Casilda, no me diga! ¡Si es ahora, con los días que han pasado, y casi no creo lo que ven mis ojos! ¡Para que acertara a creerlo de las lenguas que siempre he tenido por malas!

D.ª CAS. Lo que todavía no he entendido yo es cómo pudo darle la endiablada idea de irse al casino a tales horas...

ANTO. Mire usted. Ya usted sabe que la noche de San Juan, luego de que salió de casa su hermano de usted, mi señor don Pedro, me fuí yo en busca del pájaro volador, por si de veras cumplía el sacrificio que se había impuesto de marcharse sin más despedidas.

D.ª CAS. Claro que lo sé. ¡Qué habrá ya que no se sepa con tanto entrar y salir por puertas a calles donde dan tantas ventanas!

ANTO. No fué menester llevármelo a rastras. Como tampoco fué preciso preparar a mi Pepita para que se dispusiera a recibirlo. Media hora antes hablaba de morirse; tenía los ojos encendidos y los párpados un poquito inflamados de llorar; estaba despeinada... Pues luego se lavó la cara con agua tibia para que el estrago del llanto desapareciese, hasta el punto preciso de no afear...

D.ª CAS. ¡Ya! Mas no para que no quedasen huellas de haber llorado.

ANTO. Se compuso el pelo, ¡se pulió las uñas!, ¡encendió las velas del altarito y se arrodilló a rezarle al Niño Jesús! De hinojos estaba cuando entré yo dando paso al galán. Yo les dejé que se explicaran.

D.ª CAS. Pero tú no me vas a decir ahora que no te quedaste a la escucha.

ANTO. Pues mire usted, no me quedé. Y no por falta de ganas; pero porque de nada me hubiera valido con el rumor del jaleo de la casa de cam-

po, donde estaban bailando las niñas y los mozos, y el murmullo de la fuente del jardinillo.

D.ª CAS. Entonces nada sabes de lo que pudo pasar para que don Luis saliera de allí con la intención de ir en busca del conde.

ANTO. Sólo sé que cuando se acabó la cháchara, porque yo me entremetí, con bien de toses y resonar de pies antes de entrar, a decirle al colegial que el sermón que estaba predicando, más que el de las siete palabras, estaba a punto de ser el de las cuarenta horas, eran cerca de las dos de la mañana. Bajé hasta el zaguán acompañando a don Luis, que antes de despedirse me dijo sin preparación ni rodeos: "Antoñona, tú que lo sabes todo, dime quién es el conde de Genazahar y qué clase de relaciones ha tenido con tu ama. Es... curiosidad solamente." "Pues ¡voy a satisfacer tu curiosidad! Ese conde, le dije, está bastante tronado. Es un perdido, jugador y mala cabeza; pero tiene más vanidad que don Rodrigo en la horca."

D.ª CAS. ¡Bien dicho!

ANTO. El muy tonto creyó, sin duda, que Pepita, que fué tan buena de casada que hizo que le diesen dinero, había de ser de viuda tan rebuena para él, que le había de tomar por marido. Vino después el desengaño con la furia consiguiente.

D.ª CAS. ¿Y qué dijo mi sobrino?

ANTO. No más sino "¡Adiós, Antoñona!", y se salió a la calle, silenciosa ya y sombría. Las luces de las tiendas y puestos de la feria se habían apagado y la gente se retiraba a dormir, salvo los pobres buhoneros que dormían al sereno al lado de sus mercancías.

ESCENA II

Dichas, Don Pedro y Currito.

D. PED. Salgamos aquí al patio, que en esa antesala de su habitación puede oírnos él y excitarse de

nuevo con tu relato. ¡Ah! ¿Estáis vosotras comineando?

D.ª CAS. Hablando sin cominear... de lo que es natural que hablemos. Antoñona ha venido una vez más a interesarse por tu hijo...

ANTO. Y ya me voy, que sé que está bien y levantado como quien dice.

D.ª CAS. ¿Le habéis dejado solo?

CURRI. No necesita ayuda. No vaya usted, que ya se viste, y tío don Pedro y yo nos hemos salido porque no crea, fuerte como está, que le hacemos de menos con cuidarle de más.

ANTO. ¡Vaya, pues... lo dicho! ¿No tienen ustedes nada que mandar?

D. PED. Espera, Antoñona. Espera, que aquí, Currito, empezaba a contarme la verdad del lance, y bueno será que lo oigas de un testigo tan irrecusable.

ANTO. Yo, como usted quiera, mi señor don Pedro.

D. PED. Así como así, nadie sabe bien en esta casa todavía qué es lo sucedido entre mi hijo y el conde de Genazahar. Hasta hoy no he tenido ojos sino para él, ni oídos para nadie más que para los médicos. Hoy, que estamos con menos ahogo, y antes de que él pueda salir aquí y se soliviante con el recuerdo, Currito nos va a dar la versión exacta del suceso.

D.ª CAS. Eso es; que con ello podremos tapar más de cuatro bocas.

D. PED. Pues empieza tú por cerrar la tuya y deja hablar a tu hijo. Dí, Currito, ¿qué pasó, exactamente?

CURRI. El casino estaba abierto por ser la noche que era, pero las luces del patio y de los salones estaban casi todas apagadas. Sólo en un salón había luz. Guiado por ella, fué mi primo y desde la puerta vió al conde de Genazahar, que jugaba al monte haciendo de banquero. No había allí sino cinco personas más, dos forasteros como el conde, el capitán de la Remonta, el médico...

D.ª CAS. Y tú... que no sé qué pito tocabas.
CURRI. Yo estaba de mirón.
ANTO. Y si él no, mira... ¿quién nos lo cuenta?
CURRI. Entró mi primo en el salón dando taconazos recios, con estruendo y con aire de taco, como suele decirse. Nos quedamos pasmados al verle.
D.ª CAS. Ni era para menos.
CURRI. "¿Tú por aquí a estas horas?", le dije. "¿De dónde sale usted, curita?", dijo el médico. "¿Viene usted a echarme otro sermón?", le preguntó el conde.
ANTO. ¡Miren el mal ángel del hombre!
D. PED. ¡No callaréis!
CURRI. "Nada de sermones", contestó mi primo con mucha calma. "El mal efecto que surtió el último que prediqué me ha probado con evidencia que Dios no me llama por ese camino, y ya he elegido otro. Usted, señor conde, ha hecho mi conversión. He ahorcado los hábitos, quiero divertirme, estoy en la flor de la mocedad y quiero gozar de ella."
D.ª CAS. ¿Eso dijo?
CURRI. Dijo eso y esto más: "Veo que se juega. Me siento inspirado. Usted talla. ¿Sabe usted, señor conde, que tendría chiste que yo le desbancase?" Se sentó a la mesa y sacó del bolsillo todo su oro.
D. PED. ¿Pero tu primo entiende el monte?
CURRI. No se calentó mucho la cabeza para entenderlo. Jugó unas cuantas veces y tuvo tan buena fortuna que ganó casi siempre.
ANTO. Es una sentencia que los afortunados en amores son desgraciados en el juego; pero más cierto parece que cuando acude la buena dicha acude para todo.
CURRI. El conde se amostazaba. Mi primo quiso acabar de una vez. "El fin de todo esto, dijo, es ver si yo me llevo esos dineros o si usted se lleva los míos. Pues ¿para qué hemos de estar aquí en vela toda la noche? Curro, dime tú: ¿Cómo explicaré que juego en un golpe cuanto

hay en la banca contra otro tanto?" "Eso se explica, respondí yo, diciendo copo." "¡Pues copo!", dijo mi primo dirigiéndose al conde. El conde fué tirando cartas. Al cabo, echó con rabia la baraja sobre la mesa. Luego pidió el desquite. "Sea, dijo mi primo; pero entendámonos antes: ¿dónde está el dinero de la nueva banca de usted?... "Aquí no tengo, contestó, pero me parece que sobra mi palabra."

ANTO. ¡Habrá charrán!

CURRI. Mi primo dijo entonces que no faltaba más sino que incurriera voluntariamente en su enojo prestándole dinero, que no le pagaría sino con injurias como el que debe a Pepita Jiménez.

ANTO. ¡Y olé ya por los picos de oro!

CURRI. El conde, lívido de cólera, gritó con voz alterada: "¡Mientes, deslenguado! ¡Voy a deshacerte entre mis manos!" Y aquí una injuria que recordaba a mi primo la falta de su nacimiento.

D. PED. ¡Hijo mío!

CURRI. La injuria no acabó de llegar a sus oídos. Mi primo, por encima de la mesa, que estaba entre él y el conde, con agilidad asombrosa y con tino y fuerza, tendió el brazo derecho, armado de un junco o bastoncillo flexible, y le cruzó la cara levantándole un verdugón amoratado.

D.ª CAS. ¡Jesús!

ANTO. ¡Pero... no le mató!

D. PED. ¡Hijo mío!

CURRI. Cuando empiezan las manos, suelen callar las lenguas. No hubo más gritos que el del conde: "¡Dejadme que lo mate!"

ANTO. ¡Como si no hubiera un Dios justiciero!

CURRI. El duelo era inevitable. El capitán no trató de evitarlo; sí, sólo, que no lucharan como dos ganapanes.

D.ª CAS. ¡Jesús Dios!

CURRI. Todos hablábamos ya en voz baja para que no se oyese nada en la calle. Los mismos criados del casino, que dormían en sillas en la cocina y en el patio, no llegaron a despertar. Mi pri-

mo nos eligió para testigos al capitán y a mí. El conde a los dos forasteros. El médico quedó para hacer su oficio.

ANTO. ¡No ya sin médico, sin confesión le hubiera dejado yo que se muriera!

CURRI. El capitán fué a su casa por los sables y los trajo al momento debajo de la capa que para ocultarlos se puso. Se cerró la puerta de la sala.

D.ª CAS. ¡Virgen Santa!

CURRI. Las mesas y las sillas se apartaron en un rincón.

D. PED. Pero ¿no sabíais todos que tu primo no ha empuñado un arma en su vida?

CURRI. ¡Bah! No es el conde mucho más diestro en la esgrima, aunque nunca haya estudiado teología, ni pensado en ser clérigo. Las condiciones del duelo se redujeron a que, una vez el sable en la mano, cada uno de los dos combatientes hiciera lo que Dios le diera a entender.

D.ª CAS. ¡Ave María Purísima!

CURRI. Entre dos personas que no sabían parar ni defenderse, la lucha había de ser brevísima, y lo fué.

ANTO. ¡Ay, acaba ya de una vez y no nos tengas con esta congoja, que tan a lo vivo como lo cuentas, parece que aún no sabemos la suerte del lance!

CURRI. La furia del conde estalló y le cegó. Cuatro veces tocó a mi primo, por fortuna siempre de plano. Le dió en el brazo izquierdo. La herida fué de filo, aunque de soslayo, y la sangre empezó a correrle en abundancia. Lejos de contenerse un poco, el conde arremetió con más ira para ir de nuevo; casi se metió bajo el sable de don Luis. Este, en vez de prepararse a parar, dejó caer el sable con brío y acertó con una cuchillada en la cabeza del conde, que aturdido por el golpe, dió con su cuerpo en el suelo.

D. PED. ¡Hijo mío!

ANTO. Hijo suyo, sí, señor, que bien dicen que quien a los suyos se parece honra merece.

D.ª CAS. ¡Jesús, Jesús y Jesús!

CURRI. El capitán y yo, cada uno de un lado, agarramos a mi primo y le trajimos a casa.

ANTO. ¡Y que no sería flojo susto el que se llevaría mi señor don Pedro!

D. PED. Me levanté sobresaltado, oyendo casi entre sueños que mi hijo venía herido. Acudí, y vi luego que las heridas no parecían de cuidado; pero tranquilo del todo no lo he estado hasta saber ahora los pormenores del lance, y que mi Luis ha sabido tomar venganza a pesar de su teología.

D.ª CAS. ¡Todo sea por Dios! Que al menos acertó el médico cuando pronosticó que en tres o cuatro días estaría para salir a la calle como si tal cosa.

ANTO. ¿Y ese conde arrastrado?

CURRI. El conde tiene para meses. Pero su vida no parece que corra peligro. Apenas volvió de su desmayo pidió que le llevasen a su pueblo, y como no dista de aquí más de una legua, buscaron un carricoche de alquiler y se lo llevaron su criado y los dos forasteros que le sirvieron de testigos.

ANTO. Pues ¡ea! Ahora sí que me voy, que estará mi señora impaciente, y sólo he de consolarla de la espera con tan buenas noticias como la llevo.

D.ª CAS. Y yo también salgo contigo, que tengo la casa abandonada con el trajín de por acá y quiero aprovechar este respiro. ¿Vienes, hijo?

CURRI. Allá voy, si tío don Pedro no me necesita.

D. PED. Id con Dios y que él os pague la buena compañía que me tenéis. Hasta luego.

D.ª CAS. Adiós, hermano. *(Se van.)*

ESCENA III

Don Pedro y *Don Luis,* que sale por la misma puerta que antes *Don Pedro* y *Currito,* de una de las habitaciones bajas del patio.

D. PED. ¿Ya estás en pie? ¿Qué? ¿Te sientes fuerte? ¿No adviertes flojedad ni mareo?

D. LUIS. No; no se alarme usted más, padre mío. Estoy perfectamente.

D. PED. Bien; pero no andes, no te agites demasiado para primer día que te levantas. Siéntate aquí.

D. LUIS. Como usted quiera. ¿Se marcharon tía Casilda y mi primo?

D. PED. No acababan de trasponer el umbral cuando tú has salido.

D. LUIS. No perdamos entonces la ocasión, ya que estamos solos.

D. PED. ¿De qué ocasiones necesitas? ¿Acaso no me tienes siempre a tu lado?

D. LUIS. Es preciso que hablemos, padre mío.

D. PED. Aun acostumbrado como estoy a esa seriedad tuya, no sé qué nuevo temor me da de oírte ahora. Habla y di pronto lo que quieres, que ansiando estoy acceder a lo que tengas que pedirme y esté en mis manos el darte.

D. LUIS. Padre, yo no debo seguir engañando a usted por más tiempo. Hoy voy a confesar a usted mis faltas y a desechar la hipocresía.

D. PED. Muchacho, si es confesión lo que vas a hacer, mejor será que llames al padre vicario. Yo tengo muy holgachón el criterio, y te absolveré de todo, sin que mi absolución te valga para nada. Pero si quieres confiarme algún hondo secreto como a tu mejor amigo, empieza, que te escucho.

D. LUIS. Lo que tengo que confiar a usted es una gravísima falta mía, y me da vergüenza...

D. PED. Pues no tengas vergüenza con tu padre, y di sin rebozo.

D. LUIS. *(Poniéndose colorado y con visible turbación.)* Mi secreto es que estoy enamorado de Pepita Jiménez, y que ella...

D. PED. *(Interrumpiendo a su hijo con una carcajada.)* Y que ella está enamorada de ti, y que la noche de la velada de San Juan estuviste con ella en dulces coloquios hasta las dos de la mañana, y que por ella buscaste un lance con el conde de Genazahar, a quien has roto la cabeza. Pues hijo, bravo secreto me confías. No hay perro ni gato en el lugar que no esté ya al corriente de todo.

D. LUIS. ¿Eh? ¿Que no hay perro ni gato?...

D. PED. Lo único que parecía posible ocultar era la duración del coloquio hasta las dos de la mañaña; pero unas gitanas buñoleras te vieron salir de la casa, y no pararon hasta contárselo a todo bicho viviente.

D. LUIS. ¡Hasta eso! ¡Qué pensará Pepita de mí, viendo así comprometido su buen nombre por mi arrebato y ligereza!

D. PED. Pepita no disimula cosa mayor, y hace bien, porque sería el disimulo de Antequera... Desde que estás enfermo, viene aquí Pepita dos veces al día, y otras dos o tres envía a Antoñona a saber de tu salud; y si no ha entrado a verte, es porque yo me he opuesto para que no te alborotes.

D. LUIS. *(Cuya turbación y cuyo apuro sube de punto.)* ¡Qué sorpresa! ¡Qué asombro habrá sido el de usted!

D. PED. Nada de sorpresa ni de asombro, muchacho. En el lugar sólo se saben las cosas hace cuatro días, y la verdad sea dicha, ha pasmado tu transformación.

D LUIS. Lo creo.

D. PED. ¡Miren el cógelas a tientas y mátalas callando; miren el santurrón, exclaman las gentes, con lo que ha venido a descolgarse! El padre vicario, sobre todo, se ha quedado turulato.

D. LUIS. No sé con qué cara presentarme de nuevo ante él.

D. PED. Todavía está haciéndose cruces al considerar cuánto trabajaste en la viña del Señor en la noche del 23 al 24, y cuán variados y diversos fueron tus trabajos. Pero a mí no me cogieron las noticias de susto, salvo tu herida. *(Se ha de advertir la triste cuanto disimulada ironía con que se escuda el padre rival de su hijo.)* Los viejos sentimos crecer la hierba. No es fácil que los pollos engañen a los recoveros.

D. LUIS. Es verdad: he querido engañar a usted. ¡He sido hipócrita!

D. PED. No seas tonto; no lo digo por motejarte. Lo digo para darme tono de perspicaz.

D. LUIS. Yo me había engañado creyendo firme mi vocación. Después me vi con espanto rival de usted, y... quise huir...

D. PED. La vanidad me cegaba. Pepita Jiménez, desde que viniste, se me mostraba tan afable y cariñosa que yo me las prometía felices... Ahora comprendo que al haberse humanizado, al hacerme tantas fiestas y al bailarme el agua delante, no miraba en mí la pícara de Pepita sino al papá del teólogo barbilampiño.

D. LUIS. No me hable usted así, padre.

D. PED. *(Refrenando, disimulando, bastardeando siempre sus encontradas emociones.)* No te negaré que me mortificó y afligió un poco este desengaño en el primer momento.

D. LUIS. ¡Padre!

D. PED. Pero después lo reflexioné todo con la madurez debida, y mi aflicción y mi mortificación se convirtieron en gozo. Has vivido separado de mí y entregado a tu tío, para que te educase, porque mi vida no era muy ejemplar. Por poco no saca de ti un padre de la Iglesia...

D. LUIS. Ya sé que soy indigno; pero no me castigue recordándome mi indignidad.

D. PED. ¿Quién habla de castigos ni piensa en ellos? Tener un hijo santo hubiera lisonjeado mi va-

nidad; pero hubiera sentido yo quedarme sin un heredero de mi casa y nombre que me diese lindos nietos, y que después de mi muerte disfrutase de mis bienes, que son mi gloria, porque los he adquirido con ingenio y trabajo, y no haciendo fullerías y chanchullos. Pero ¿qué es eso? ¿Lloras?

D. LUIS. ¡Padre! *(Se dan un abrazo muy prolongado y muy apretado.)*

D. PED. Bueno, sosiega. No por ahí vayamos para atrás en tu convalecencia; que por fuerza has de estar débil todavía.

D. LUIS. No, ya estoy bien. Me siento completamente recobrado. Y pienso, padre, que habré de escribir a mi tío, para que no eche de menos mis cartas precisamente ahora.

D. PED. Eso está pero que muy bien pensado, sí, señor; que aunque él estaba ya al cabo de la calle por lo que, a tu pesar o no, haya podido traslucir de todo esto en tu correspondencia, a juzgar por la alarma con que me ha escrito reclamando tu vuelta al Seminario, y aunque a estas horas haya recibido ya de mi letra la confirmación de sus venturosos temores, bien está que tú le des cumplida noticia de todo ello, siempre que el escribir no te canse ni altere.

D. LUIS. Antes al contrario, me ha de hacer bien, créame usted.

D. PED. Como tú quieras entonces. *(Dirígese Don Luis hacia un escritorio que habrá a un lado del patio, convertido en sala a uso veraniego de Andalucía, y éntrase Don Pedro, dejando a Don Luis solo, dispuesto a escribir a su tío.)*

ESCENA IV

Don Luis, Antoñona y *Pepita.*

ANTO. *(Entrando y señalándoselo a su señora desde la puerta.)* Ahí le tienes ya tan tieso. Mírale. Ya ves que no te mentía.

D. LUIS. ¡Eh! Antoñ... ¡Pepita!

ANTO. Bueno, bueno, don Luisito; no te sobresaltes, que no quiero culpas de tu recaída, ni me pertenece ver más de lo que es conveniente. No seáis tan súpitos, y esperad que me aparte a la cocina.

D. LUIS. ¡Cuántas gracias tengo que darte, Antoñona!

ANTO. Muchas te sobran a ti; pero a mí ya ¡qué falta pueden hacerme! Con vuestro pan os lo comáis como dos tórtolos, y yo que no lo vea, repito. ¡Vaya! Voy a montar la guardia, no por ahí dé algún mirón en atisbar más de la cuenta. *(Entrase dentro. Don Luis y Pepita se toman las manos, y así permanecen con ellas enlazadas, en un silencio cargado de amorosa incertidumbre.)*

D. LUIS. ¡Pepita!

PEPI. Ahora, aunque tarde, conozco toda la vileza de mi corazón y toda la iniquidad de mi conducta.

D. LUIS. ¡Pepita! ¿Qué dices?

PEPI. Nada tengo que decir en mi abono; mas no quiero que me creas más perversa de lo que soy.

D. LUIS. ¡Pepita! ¡Pepita!

PEPI. Mira, no pienses que ha habido en mí artificio, ni cálculo, ni plan para perderte.

D. LUIS. ¿A qué vienen ahora esas consideraciones sin sentido?

PEPI. Sí, ha sido una maldad atroz; pero instintiva, una maldad inspirada quizá por el espíritu del infierno, que me posee.

D. LUIS. Mía, mía es la culpa que tú te achacas.

PEPI. No te desesperes ni te aflijas, por amor de Dios. De nada eres responsable. Ha sido un delirio: la enajenación mental se apoderó de tu noble alma.

D. LUIS. ¿Que estoy loco, dices? Será por ti, y nunca pude dar mayor prueba de cordura que quererte.

PEPI. No es en ti el pecado sino muy leve. En mí es

grave, horrible, vergonzoso. Ahora te merezco menos que nunca. Vete.

D. LUIS. Pepita. ¡Vuelve en ti!

PEPI. Yo soy ahora quien te pide que te vayas. Vete: haz penitencia. Dios te perdonará. ¡Vete!

D. LUIS. Nunca más de tu lado. ¡A tu lado siempre!

PEPI. Que un sacerdote te absuelva. Limpio de nuevo de culpa, cumple tu voluntad y sé ministro del Altísimo. No hay lazo alguno que conmigo te ligue; y si le hay, yo lo desato o lo rompo. Eres libre.

D. LUIS. ¡Alma mía, vida de mi alma, prenda querida de mi corazón, luz de mis ojos!

PEPI. *(Intentando desasirse de él.)* Vete ya, y no por una piedad afrentosa permanezcas más tiempo al lado de esta mujer miserable. Yo tendré valor para sufrir tu desvío, tu olvido y hasta tu desprecio, que tengo tan merecido. Seré siempre tu esclava, pero lejos de ti, para no traerte a la memoria la infamia de la otra noche.

D. LUIS. El pecador, el flaco de voluntad, el miserable y el ridículo soy yo, que no tú. Los ángeles y los demonios deben reírse igualmente de mí y no tomarme por lo serio. He sido un santo postizo. Jamás hubo en mí virtud sólida, sino hojarasca y pedantería de colegial, que había leído los libros devotos como quien lee novelas, y con ellos se había forjado su novela necia de misiones y contemplaciones. Reconozco mi indignidad. No era más que orgullo lo que me movía...

PEPI. Quiero que me elijas por amor, libremente, no para reparar una falta...

D. LUIS. ¡Pepita!

PEPI. No exhalarán mis labios una queja, si para siempre me abandonas y no vuelves a acordarte de mí...

D. LUIS. ¡Ay! *(La contestación de Don Luis no cabe ya en el estrecho y mezquino tejido del lenguaje humano. Don Luis rompe el hilo del discurso*

de Pepita sellando los labios de ella con los suyos y abrazándola.)

ESCENA ULTIMA

Don Luis, Pepita, Don Pedro, Antoñona; luego el *Vicario.*

PEPI. *(Soltándose de los brazos de Don Luis al oir las toses precursoras de Antoñona, y saliendo no más de dos pasos al encuentro de Don Pedro, que entra el primero.)* ¡Don Pedro!

D. PED. ¿Cómo se entiende, niña, ni qué nombre es ese que me das, que tan mal le cuadra a un padre en boca de una hija?

PEPI. ¡Perdón!

D. PED. ¿Y qué había de perdonarte? Tengo, hija mía, tan buena opinión de ti, que si volvieses a tener diez y seis años y una madre imperiosa que te violentara, y yo tuviese ochenta años, como don Gumersindo, esto es, si viera ya la muerte en puertas, te tomaría por mujer para que me sonrieses al morir como si fueras el ángel de mi guarda que había revestido cuerpo humano, y para dejarte mi posición, mi caudal y mi nombre.

ANTO. Mire usted bien lo que dice, mi señor don Pedro, y no se ande con floreos, que ya están los tórtolos sin saber qué es lo que oyen; que los dedos se les hacen huéspedes, y no está bien darles más tormento del que tienen.

D. PED. Pero Pepita no tiene ya diez y seis años. Y yo estoy en la peor edad, porque empiezo a sentirme algo averiado, con un poquito de asma, mucha tos, bastantes dolores reumáticos y otros alifafes. Calculad el desastroso porvenir que le aguardaba.

PEPI. ¡Pa... dre!

D. PED. ¡Cuánto te lo agradezco ahora! La misma puntita de vanidad lastimada por tus desdenes, ¡je je!, se embota ya al considerar que si no me amas, amas mi sangre: te prendas del hijo mío.

Si no quiere la fresca y lozana hiedra enlazarse al viejo tronco, carcomido ya, trepe por él, para subir al renuevo tierno y al verde y florido pimpollo. ¡Que Dios os bendiga! *(Abraza a ambos.)*

ANTO. ¡Digo, mi señor don Pedro! ¡Si parece que el Espíritu Santo le ha soplado la teología de su hijo! ¡Y miren quién se nos entra por las puertas, como avisado del cielo también, según llega de oportuno! *(Don Luis, al ver entrar al Vicario, se precipita a sus pies con Pepita.)* ¡Vamos! ¿Qué espera? ¿Ni a qué perder más tiempo? ¿Por qué no les echa ya las bendiciones a estos hijos de mi alma? No será porque no se hayan publicado bastante...

VICA. *(Con cierta severidad.)* Otros sacramentos hay antes que el del matrimonio.

ANTO. ¡No querrá usted esperar a administrarles primero los santos óleos!

PEPI. Impóngame la más dura penitencia, que el cumplirla me aliviará el peso del ánimo.

ANTO. ¡Como si no tuvieras bastante cruz con la que te echas encima al casarte!

VICA. No es éste lugar de hacer penitencia.

D. PED. Claro que usted, padre vicario, ha de ser quien una lo que Dios allá arriba ya no ha de desatar.

VICA. Pues si es así su deseo como el mío, ello ha de ser no tardando, que la voluntad de Dios ya tira de mis muchos años llamándome a su seno.

ANTO. No me corre a mí tanta prisa; que al cabo yo he de salir perdiendo; si ahora soy todavía el ama de Pepita; no lo seré tanto, me parece, con tener ella dueño.

D. LUIS. No será eso verdad, o poco agradecido me había de mostrar a tus servicios, sin los cuales no poseería yo a Pepita. Antoñona, escúchame sin sulfurarte.

ANTO. ¡Ay, que te veo venir!

D. LUIS. No te engaña el corazón, sin duda. El hijo del maestro Cencias...

ANTO. ¿Tan pronto vas a hacerte abogado de la casta de malos maridos?

D. LUIS. Me ha prometido, si consientes en reunirte con él, no volver a emborracharse casi nunca.

ANTO. ¡Ni aun se atreve a dar un *nunca* redondo!

D. LUIS. Calla, mujer, que ahora pienso que la hemos acertado. ¿No dicen que los confiteros aborrecen el dulce? ¡Así, los taberneros deben aborrecer el vino y el aguardiente!

ANTO. ¡No sigas, no sigas, trapalón!

D. LUIS. ¿Me vas a decir que no te parece bien que os ponga una taberna en la capital?

ANTO. ¿Pero tú oyes? ¿Pero ustedes entienden?

D. LUIS. Allí estaréis tan contentos, os proporcionaréis muchos marchantes y probablemente os haréis ricos.

PEPI. Sí, mujer, don Luis dice bien.

ANTO. Pues... si mis servicios no hacen falta ya... y mi buena memoria... puede ser causa de estorbo... por mí... no ha de quedar: cojo vuestro gusto...

PEPI. ¡No te aflijas, Antoñona! *(Se le saltan las lágrimas al abrazarse a su ama.)*

ANTO. ¡Niña mía!

D. PED. Fijemos, pues, una fecha conveniente para la boda. ¿Qué les parece a ustedes de hoy en un mes?

ANTO. ¡Que mañana es tarde! Respondo yo por los dos. ¡Bendito sea Dios, las cosas que se ven! * ¡Mucho será que don Juanito Valera, que tanto gusta de romances, no dé en la intención de sacar esta historia en papeles! * ¡Y la gente creerá que es un cuento!

PEPI. *(Al Vicario.)* ¡He de comprar siete lindas espadas de oro con que adornar el pecho de la Santa Madre de mi Niño Jesús!

TELÓN

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año........	Pesetas 24	Año........	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.



A. AGUILERA, 38 MADRID APARTADO 12



Imp. Sáez Hermanos. Norte, 21
Teléfono 16244. — Madrid.